

403



16403

~~559~~



40

131

DEVEREUX.

DEVEREUX

72

DEVEREUX,

Novela escrita en inglés

POR M. EDUARDO LYTTON BULWER,

Y TRADUCIDA

Por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

TOMO VI.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor,
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

—
Octubre, 1847.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

FOR THE RECORDS OF THE UNIVERSITY

CHICAGO, ILL.

DEPARTMENT OF THE UNIVERSITY

1877

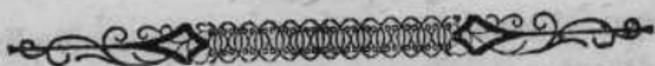
RECORDED

AND THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DEPARTMENT OF THE UNIVERSITY

CHICAGO, ILL.

October, 1877



DEVEREUX,

NOVELA ORIGINAL

DE M. EDUARDO LYTTON BULWER.

CAPITULO I.

Solucion de muchos misterios.—Tristes consideraciones sobre la vida y naturaleza del hombre.

PODEROSO, aunque desconocido, era el impulso que me inducia á conservar el mas riguroso incógnito en mi entrevista

con el ermitaño. He dicho que no podía desechar la idea, vaga pero intensa, de que aquel hombre era una persona á quien hacia mucho tiempo que creia yo en la tumba; y mas de una vez habia pasado por mi imaginacion la afflictiva sospecha de que semejante persona hubiese representado, á lo menos indirectamente, un papel importante en los misterios de mi vida primera.—Si ambas conjeturas fueren verdaderas, me decia yo á mí mismo, el anacoreta ha de confiar mas en mí creyéndome un extraño que sabiendo mi verdadero nombre y calidad. Y de todos modos, si logro dominar los ímpetus de mi corazon que anhela un pronto reconocimiento, puedo desde el principio calcular las ventajas ó desventajas que de darme á conocer han de seguírseme.

Llegué á la fuente: el ermitaño se hallaba ya en el sitio de la cita, sentado

en la misma postura en que el día anterior le había visto. Hice mi reverencia, y me acerqué á él diciendo :

—Creo haber sido exacto , padre.

—Raras veces pueden jactarse los hombres de serlo , dijo tristemente el ermitaño ; tal vez si la promesa hubiese sido de mas entidad, no la habríais cumplido con tanta exactitud.

—La promesa que os hice , padre , me parece mas importante de lo que quereis decir , respondí.

—¿Qué significan vuestras palabras? exclamó el cenobita.

—Digo que tal vez la conferencia que vamos á tener sea provechosa para ambos; para mí porque me consolareis y dareis consejos ; para vos porque obedeceré con prontitud y diligencia vuestras órdenes.

El ermitaño me miró fijamente algunos momentos, y yo volviendo el rostro

á otro lado esquivé lo mejor que pude sus miradas. Podria haberme evitado este trabajo, porque observé que no me conocia: acaso contribuia á ello su enagenacion mental no menos que la alteracion de mis facciones y traje.

—He tomado informes de vos, dijo despues de una pausa, y me han dicho que sois un hombre instruido y de talento, que ha visto mucho mundo y hecho papel en varias escenas de la vida, ya como soldado, ya como literato. ¿Es cierto todo esto?

—No lo es respecto al saber, padre, pero sí respecto á la experiencia. He peregrinado por varios paises de Europa.

—¿De veras? dijo el ermitaño con vehemencia. Venid á mi celda y contadme las maravillas que habeis visto.

Ayudele á levantarse, y haciendo que se apoyara en mi brazo, me dirigí con él

lentamente hacía la cueva. ¡Oh como me hizo estremecer aquel ligero contacto! ¡Cómo anhelaba exclamar ¿no sois aquel á quien amé, á quien he llorado, á quien creía en la tumba? Pero me contuve. Caminamos en silencio. Ya el ermitaño tenia la mano en la puerta de la caverna, cuando dijo en tono tranquilo, pero haciendo un evidente esfuerzo para decirlo, y volviendo á otro lado el rostro mientras hablaba:

—¿Y habeis visitado en vuestros viajes las apartadas regiones del Norte? La fama del gran Czar ¿no os movió á visitar la ciudad que ha fundado?

— Mis sospechas son ciertas, pensé yo; y luego respondí: en verdad, reverendo padre, no estuve mucho tiempo en San Petersburgo; pero no me son desconocidos sus habitantes ni sus maravillas.

—Entonces es posible que hayais tra-

tado á un inglés, favorito del Czar, de quien se habla mucho en el mundo, segun en mi retiro he sabido. Aquí se detuvo de nuevo: estábamos en un pasadizo largo, estrecho y casi en tinieblas. No pude por tanto ver en aquel momento sus facciones; pero oí el movimiento convulsivo de su lengua antes de que concluyese de decir: Se llama el conde Devereux.

—Padre, dije en tono tranquilo, he conocido y tratado á ese sugeto.

—¡ Ah! exclamó el ermitaño apoyándose en la pared: ¡ le habeis conocido! ¿ Y cómo.... como.... quiero decir ¿ dónde se halla ahora?

—Dificil es responderos, padre, pues es hombre de vida muy activa. Cuando me separé de él la última vez estaba de embajador en la corte de....

Habíamos salido del pasadizo y entrado en una pieza de regular extension.

Una lámpara de hierro la daba suficiente, aunque fúnebre claridad. El ermitaño al concluir yo mi respuesta se dejó caer en un largo banco de piedra, inmediato á una mesa tambien de piedra, y apoyando la cara en las manos, de modo que sus anchas mangas ocultaban completamente sus facciones, dijo:—Estoy casi sin aliento; pero todavia quiero hablar mas con vos.

Respondí pocas palabras, y arriñando un taburete me senté á corta distancia del ermitaño. Este, despues de un momento de silencio, se levantó, puso delante de mí en la mesa pan, vino y frutas secas, y me invitó á comer. Hice como que aceptaba el convite, y mi aparente negligencia le reanimó un poco, sacándole de la confusion en que evidentemente se hallaba.

—Si la comision que tengo que daros, dijo, fuese para ese.... para el conde De-

vereux, ¿la ejecutaríais fiel y prontamente? Pero tened.... observo en vos cierto aire de distincion como de una persona superior á los golpes de la fortuna ; sin embargo, vuestro traje es pobre y tosco, y si el oro puede recompensar el trabajo que vais á tomaros, todavia el ermitaño tiene otros tesoros ademas de esta celda.

— Haré lo que mandais, padre; pero sin usurpar nada á los pobres. Deseais que busque á Morton Devereux; deseais que os le traiga aquí, quereis verle y hablar con él....

— ¡Dios me libre! gritó el ermitaño con tal vehemencia, que desistí sorprendido del propósito de descubrirme que ya empezaba á ejecutar. ¡Mas quisiera, añadió, que estas paredes, cayendo sobre mí, me redujesen á polvo, ó que este sólido pavimento se hundiese bajo mis

pies precipitándome en un abismo sin fondo , que soportar las miradas de Morton Devereux!

—¿Cómo así? dije inclinándome para disimular hácia la copa de vino; habreis sido enemigos.... No importa, dadme vuestro encargo y lo haré.

—¡Lo hareis ! gritó el ermitaño ocurriéndole sin duda una nueva y natural sospecha, ¡lo hareis ! Y.... ¡ loco de mí!.... ¿quién sois vos para que yo crea que os tomáis tanto interés en cumplir los deseos de un hombre que os es completamente desconocido? Os digo que deseo que atraveséis mares y cruceis tierras hasta encontrar al hombre que os he nombrado: y esto ¿puede hacerlo un desconocido sin recompensa alguna? No, no, yo estaba loco : me confiaré á los frailes , les daré oro , y ellos desempeñarán con diligencia mi encargo.

—Padre, ó por mejor decir hermano, contesté con pausada y firme voz, porque sois de mi misma edad y padecéis los tormentos y la enfermedad que hacen á los hombres hermanos; para mí todos los sitios son iguales, y me es indiferente visitar los climas del Norte ó los del Mediodia: tengo riquezas que me harán llevaderas las incomodidades de los viajes, y tiempo de sobra que me hará encontrar placer en cualquiera ocupacion. Además, soy hombre que siempre he amado á mis semejantes, y que en todo tiempo he sabido renunciar á mis propios placeres por ocuparme en provecho de los demas. Pero en esta ocasion estoy mas que nunca dispuesto á servirlos, porque segun vuestras palabras y vuestro acento creo que he de haceros un gran beneficio cumpliendo esa comision.

—Bien decís, dijo el ermitaño con aire

pensativo, y creo que puedo fiarme de vos. Lo meditaré de nuevo, y mañana á esta misma hora os daré una respuesta definitiva. Si ejecutais el encargo que os daré, rogaré al cielo que mi bendicion, la bendicion de un hombre desgraciado y moribundo, os proteja para siempre.... Pero silencio.... dá el reloj.... esta es la hora de la oracion.

Y señalando á un ennegrecido reloj que enfrente de la puerta estaba colgado en la pared y que acababa de dar las nueve, cayó de rodillas, cruzó las manos, inclinó al suelo la faz, y tomó una actitud humilde y devota. Yo seguí su ejemplo. Al cabo de pocos minutos se levantó. —Una vez cada tres horas, dijo con angustiosa expresion, he estado por espacio de doce años humillando mi alma delante de Dios, y siempre me he levantado persuadido de que era en vano. La

maldicion del cielo pesa sobre mi alma y sobre mi cuerpo.

—Padre, padre, exclamé, ¿es esa vuestra fé en la misericordia del redentor que murió por los hombres?

—No me habéis de fé, dijo con vehemencia el ermitaño. Vosotros los profanos nada entendeis de sus misterios ni de su poder. Pero marchaos, se acerca la hora terrible en que mi lengua se desata y mi mente se oscurece, en que no sé lo que digo, y tiemblo ante mis propios pensamientos. Marchaos; no quiero que ningun ser humano me vea en esos momentos que son solo para Dios y para mí.

Esto diciendo me asió del brazo y me empujó hasta el pasadizo por donde habíamos entrado. Yo dudaba si ceder ó hacer resistencia; pero observé cierto brillo en sus ojos y cierto color encendido en sus megillas, que al mismo tiempo que

denotaban la terrible alteracion que iban á sufrir sus facultades mentales , me hicieron temer que la resistencia á sus deseos influyese de un modo peligroso en su delicada constitucion. Obedecí, pues, maquinalmente. Abrió de nuevo la puerta de su rústica morada, y la pálida luz de la luna iluminó su negra túnica y su figura de espectro.

—Marchaos, dijo en tono mas suave que al principio, marchaos, y perdonad la aspereza con que acaba de trataros un hombre que siente despedazársele el corazon. Marchaos; pero volved mañana al anochecer. Vuestro aspecto me inspira confianza.

Dijo, cerró la puerta, y yo me quedé solo fuera de la caverna.

No quise volverme á casa; no quise entregarme en blando lecho al sueño y al olvido mientras él se hallaba en aque-

lla sepultura de vivos, presa de atroces tormentos y destrozado por los accesos de su terrible enfermedad. Me tendí sobre la húmeda yerba, y allí pasé al descubierto una noche casi tan penosa como la que él tuvo. Mis sospechas se habian confirmado plenamente. ¡Cielos! ¡cuánto habia yo amado á aquel hombre! ¡cuánto habia llorado su supuesta muerte! ¡Y entonces, al verle en tan desesperada situacion, efecto de desconocidos pesares, y al saber que temia mi vista (mi vista cuando yo hubiera dado mi existencia por conservar la suya), la tumba en que le habia creído sepultado me parecia un bien en comparacion de un dolor como el suyo!

—¡Teme, dije llorando, teme la presencia de una persona que velaría por él, que le consolaría, que le ayudaría á sufrir sus pesares con mas amor que una mujer! ¿Qué terrible calamidad pesa sobre aque-

lla alma en otro tiempo tan santa y tan pura? ¿Por qué providencial destino he llegado yo á estas soledades para encontrar al mismo tiempo un nuevo atractivo en la tierra y un deseo de llorar mi dolor en el retiro?

Toda la noche la pasé en vela junto á la caverna atento á escuchar el menor ruido ó el menor grito de afliccion; pero las espesas paredes de la roca no permitieron que llegasen á mis oidos ni aun losacentos de la desesperacion. Al salir el sol le ví aparecer por pocos momentos y retirarse de nuevo: entonces me volví á casa rendido y fatigado con el objeto de prepararme para la entrevista que al mismo tiempo temia y deseaba.

A la hora señalada me presenté delante de la caverna. La puerta estaba entornada; la abrí, llamé, pero no habiéndome respondido nadie, entré sin hacer

ruido por el callejon. Al acercarme al cuarto del ermitaño oí gemidos, gritos y risotadas. Me detuve un instante y despues entré trémulo y casi desmayado en el aposento. No encontré en él al anacoreta, pero vi cerca del reloj una pequeña puerta detrás de la cual se oian los gemidos y voces que me habian alarmado. No tuve reparo en abrirla y me encontré en la alcoba del ermitaño, pieza pequeña y oscura, en la cual le hallé acometido del mas atroz delirio. Me detuve horrorizado y él continuó sus exclamaciones.

—Ahí, ahí, gritaba, te he herido en el corazon; y ahora quiero arrodillarme, y besar esos blancos labios y lavarme las manos en esa sangre.—Ha! ha! te aborrezco, sí, te aborrezco, te detesto..... ¿Teneis ahí el rosario? Quiero rezarle, sí, quiero ir al confesionario..... ¿Confesar? No, no, todos los sacerdotes del mundo

no podrian librar á esta alma del peso de tan gran crimen..... ¡Socorro! ¡socorro! me muero..... Ya veo el abismo..... y el fuego y los diablos!.... ¿No ois como se rien? Yo tambien sé reir..... ¡Ha! ha! ha!.... Silencio..... Lo tengo todo escrito, en letra clara bien inteligible..... él lo leerá..... ¡Oh entonces, Dios mio, qué maldiciones caerán sobre mi cabeza!.... Bendito San Francisco, oye mis ruegos..... Lázaro, Lázaro, socórreme!....

Así proseguia, y yo le escuchaba trémulo y horrorizado: en vano le llamaba; ni me veia ni me oia. En el suelo, cerca de la cabecera de la cama, y como si hubiese caido de debajo de la almohada, habia un paquete sellado y dirigido á mí. Al momento conocí la letra, aunque estaba emborronada y desfigurada, sin duda porque le habia acometido el delirio al poner aquel sobre. Guardé el paquete en

el seno sin que el ermitaño lo notase, el cual rendido de fatiga se dejó caer sobre la cama, y entonces salí corriendo con el objeto de pedir auxilio en el convento. Al atravesar el pasadizo oí de nuevo los gritos del ermitaño, y aquellos gritos que parecían salidos del abismo infernal, imprimieron mas velocidad á mi carrera. Huí de ellos, hasta que casi sin aliento y sin sentido vine á caer á la puerta del monasterio.

Inmediatamente fueron llamados los dos frailes mas expertos en la ciencia de curar, y no perdimos un momento en volver á la caverna. Hasta las doce de la noche el delirio, en vez de disminuirse, iba en aumento; pero precisamente al sonar aquella hora en el reloj, cayó el ermitaño en un profundo sueño.

Entonces por la primera vez, pero no hasta que los fatigados frailes al notar

aquel síntoma favorable se retiraron á tomar algun alimento y á buscar nuevas medicinas para el paciente, entonces por la primera vez , repito, me separé de la cama junto á la cual habia estado constantemente velando , y saqué el paquete dirigido á mí. Entonces tambien, á la luz sepulcral de la sola lámpara que alumbraba la estancia , leí lo siguiente :

MANUSCRITO DEL ERMITAÑO.

Morton Deverex , si algun dia llegan á tus manos estas líneas, tiembla, y cualquiera que sea tu dolor, bendice á Dios porque no te hallas en la situacion en que yo me encuentro. ¿Te acuerdas cuál era la propiedad mas notable de mi carácter cuando niño? No, no puedes acordarte. Dirás que la devocion ; no , no era la devocion ; dirás que la dulzura del genio ;

tampoco. Era la ENVIDIA. ¿Comprendes ahora todo? Sí, la envidia estaba en mi sangre y en mi corazón, y la envidia era el vidrio por donde miraba todos los objetos. ¿Te amaba? Sí, te amaba con un amor casi igual al tuyo. Amaba á mi madre, á Gerald, á Montreuil. El amor era una parte de mi naturaleza, y no resistí á su impulso. A tí te amaba mas que á todos; pero de todos tenía envidia. Si mi madre acariciaba á Gerald ó á tí; si tú tenías confianzas con cualquiera de los dos, yo me desesperaba. Yo era el que decia á mi madre: «No le acaricieis, ó creeré que le amais mas que á mí.» Yo fui quien desde el principio ensanchó el abismo que te separaba de Gerald; yo fui quien envenenó vuestras contiendas juveniles. ¿Era esto amor? Sí, lo era; pero no podia yo sufrir que amases á otro como á mí. Me deleitaba en escuchar las quejas

confidenciales de otro cuando me decia: Aubrey, tú no te hubieras portado así conmigo.

Montreuil, que conoció desde el principio mi carácter, podia haberle corregido con facilidad. Mi natural era bueno; solamente que no conocia mi propio error. Si lo hubiese conocido, me habria apartado de él con horror. Montreuil, repito, podia haberme salvado, y á tí, y á otro ser mucho mejor y mas puro que lo éramos tú y yo aun en la cuna. Pero no lo hizo: tenia un objeto que conseguir, y al logro de ese objeto sacrificó á toda nuestra familia. Encontróme un dia llorando la muerte de un perro á quien yo mismo habia matado.—¿Por qué le matásteis? me dijo, y yo le contesté:—Porque queria á Morton mas que á mí. Entonces él exclamó:—¡Hicísteis bien, Aubrey! Sí, desde aquel tiempo se aprovechó de este vicio,

que advirtió en mí para excitar ó calmar por medio de él todas mis pasiones segun le convenia.

Ya sabes cual era el objeto de este hombre durante el último período de su residencia en nuestra casa; la restauracion de los Estuardos. Unas veces hacia el papel de espía y otras de agitador, y entre otros planes de mas entidad para lograr este objeto, habia concebido el de ganar en favor de los proscritos la influencia de las riquezas y de la popularidad de Sir William Devereux: débil hilo era este de la intrincada madeja de sus proyectos; pero es propio del carácter de ese hombre tomarse el mismo trabajo y urdir las mismas intrigas para conseguir un fin pequeño que para llevar á cabo un gran proyecto. Su primera impresion al entrar en nuestra casa fué en favor de Gerald; y creo que aun hoy dia le quiere mas que

á ninguno de los dos. Por un lado tus sarcasmos, por otro las disputas de Gerald contigo y por otro mis quejas (pues yo tenia envidia hasta del cariño de Montreal) le predispusieron en contra tuya. Creyó tambien que Gerald tenia mas talento para auxiliarme en sus planes que tú y mas facilidad de dejarse amoldar á ellos, y juzgó que fácilmente se podia destruir el favor de que gozabas con mi tio. Te he dicho que en los primeros tiempos de su residencia en casa, era agente de la causa proscrita; por entonces aun no se habia mezclado en los grandes planes políticos que despues le dieron tanta importancia: era solamente un clérigo incansable y ambicioso, cuyos fines y esperanzas se cifraban únicamente en los progresos de su órden. Sabia que cualquiera que fuese heredero ó partícipe de las riquezas de mi tio podria, administrándolas bien, con-

tribuir en gran manera al logro del objeto que los jefes de su órden quisieran conseguir; y deseaba por tanto adquirir dominio y superioridad sobre todos nosotros. Su genio era esencialmente intrigante, y la intriga el único medio por donde procuraba llegar al fin que se habia propuesto. Pronto se granjeó un poder misterioso y progresivo sobre mí y sobre Gerald. Tu carácter le irritó desde luego y le hizo desesperar de obtener ascendiente sobre tí, pues al mismo tiempo que no dabas indicios en la niñez del talento que despues te ha distinguido, mostrabas sin embargo mucha penetracion, grande inclinacion al sarcasmo y un genio profundo y observador. Resolvió pues abandonarte á la irregularidad de tu carácter, confiando en que ella le daría ocasion de indisponer á mi tio contra tí y asegurar á Gerald la herencia de

sus estados. La prueba que hiciste en el colejio modificó por primera vez sus intenciones. Se imaginó ver en tí cualidades que podrian serle provechosas ; refrenó su orgullo, que le tenia grande, y resolvió granjearse tu afecto. Despues la regularidad de tus costumbres y tus adelantos en el estudio le confirmaron en su resolucion, y cuando supo de boca de mi tio que los estados de Devereux recaerían á su muerte en tí, pensó que le sería mas facil ganar tu estimacion que perder-te en la de mi tio. Por entonces, repito, no tenia objeto alguno particular á que aspirar, escepto el de obtener en favor de su órden la direccion de grandes riquezas y alguna influencia política. Poco tiempo despues (no recuerdo exactamente cuando, pero fué antes de que volviésemos á fijarnos en la quinta de Devereux) le confiaron una parte en la gran intriga

política que á la sazón se urdia en toda Inglaterra y aun en Europa.

En ella creo que fué mas bien el servidor de su órden que el inmediato agente de la casa desterrada. A tí, Morton, no te participó su plan al salir de Inglaterra: no habia adquirido suficiente influencia sobre tu ánimo para revelarte semejante secreto. Con Gerald y con migo fué mas franco. Gerald abrazó con entusiasmo sus proyectos porque lisonjeaban su espíritu emprendedor: yo los abracé por espíritu de temor y de relijion. RELIGION! Sí, entonces, mucho tiempo despues, ahora mismo cuando mi corazon era y es presa de malas pasiones, la religion reinaba y reina sobre mí como déspota y tirano: sus terrores me acosan á cada momento; los encuentro en la tierra que piso, en el aire que me rodea y en todas partes los hallo en forma de terribles amenazas.

Ellos.... Dios mio, perdonadme ¿qué iba á decir mi locura? ¿Locura? Sí, esta es la verdadera maldicion, el verdadero fuego, el verdadero tormento, el verdadero infierno de la tierra.

Montreuil, pues, por diferentes medios adquirió influencia sobre Gerald y sobre mí, y mientras su ausencia estuvimos en correspondencia constante. «Aubrey, me dijo antes de partir viendo que me ofendia su aparente cordialidad contigo y con Gerald, Aubrey, no creais que tengo en Gerald ni en el arrogante Morton la confianza que tengo en vos. A vos os estimo, y en vos confio verdaderamente. Es necesario para la ejecucion de este proyecto, tan importante para la religion y tan agradable á los ojos del cielo, que nos aseguremos la cooperacion de otros, por ejemplo de vuestros hermanos; pero estos, Aubrey, son meros ins-

trumentos de ese poderoso designio, mientras que vos sois el confidente.» Así cuando alguna vez irritaba demasiado mi natural envidia, me adulaba despues para acomodarla á sus miras, y de este modo, en vez de destruir mis malas pasiones, procuraba dominarme por medio de ellas. ¡La maldicion!... pero no, no... quiero conservar serenidad y calma.

Volvimos á la quinta de Devereux; salimos de la adolescencia, y entramos en la juventud. Yo te amaba, Morton. ¡Ah! ¿qué no daría yo ahora por un sentimiento tan puro como el que experimentaba entonces? ¿Te acuerdas del dia en que arrancaste á mi tio el consentimiento para dejarnos por ir á buscar los placeres y pompas de Londres? ¿Te acuerdas de la tarde de aquel dia, cuando fui á buscarte y nos sentamos en un ribazo y hablamos de tus proyectos, y tu me ha-

blaste de mi devocion y de mis mas puros sentimientos? Morton , en aquel instante una pasion hacia hervir la sangre en mis venas ; en aquel instante mi corazon servia de pasto al buitre destinado á hacer presa en él eternamente. Tres veces tuve intencion de confiarme á tí durante nuestra conferencia , y tres veces mi fatal envidia lo impidió. A pesar de tus espresiones afectuosas me parecias tan distraido con tus brillantes esperanzas , tan poco sensible al dolor de separarte de mí ; heriste tantas veces y tan profundamente el sentimiento que me hacia desear ser amado sola y exclusivamente, que dije en mi interior: —¿Para qué he de descubrir mi corazon á quien no lo comprende? Y así volvimos á casa y tú no imaginabas lo que pasaba dentro de mí por mi desgracia y por la tuya.

Pocas semanas antes habia visto á una

persona á quien verla era lo mismo que amarla. ¡ Amor! Esta palabra, Morton, expresa emociones suaves y profundas, pero debe haber otra para expresar todo lo que es feroz, tenebroso é incansable en el corazon humano; debe haber otra que signifique aquel sentimiento que pareciéndose al odio mas negro y mortal, no es sin embargo odio. Ví á aquel ser y desde entonces mi verdadero carácter, que hasta aquel momento habia estado dormido, despertó. Bien me acuerdo, era una tarde á principios de otoño. Ella estaba sentada en el jardinillo inmediato á la puerta de su casa; yo me detuve y, sin ser visto, desde lo alto de la empalizada que nos separaba, estuve observando aquel rostro divino y aquellos ojos cuyo resplandor solo con el de las estrellas podia compararse. Desde aquella tarde volví todas las noches á verla colocándome en

el mismo sitio, y cuanto mas la veia mas profundamente penetraba en mi alma e veneno del amor. Al fin tuve ocasion de darme á conocer á ella, de hablarla, de oirla hablar, de tocar el suelo que pisaba, de entrar en la casa donde vivia.

Me explicaré. He dicho que Gerald y yo manteniamos correspondencia privada con Montreuil: ambos habíamos prometido no revelarte este secreto, obligacion facil de cumplir por mi parte atendido mi carácter, y lo mismo por parte de Gerald, á causa de la frialdad que reinaba entre vosotros dos. Digo atendido mi carácter, porque me complacia en pensar que poseia un secreto no conocido de otro; y llevaba esta reserva hasta el punto de ocultar á Gerald la mayor parte de la correspondencia que mediaba entre Montreuil y yo. En sus cartas Montreuil se conducia con su habitual destreza: á Gerald como el

mayor en edad, como el instrumento principal de la empresa y como de aspecto y carácter mas varonil, le confiaba todos los encargos de verdadera importancia. Gerald era quien con el pretesto de cazar conferenciaba con los diversos agentes de la intriga que de cuando en cuando visitaban nuestras costas. Y á mí me prodigaba las palabras mas afectuosas aparentando el lenguaje de la mayor confianza.—En el estado en que se hallan nuestros aun no maduros proyectos, solia decirme, todo lo que ofrece peligro sin recompensa se lo confio á Gerald; pero despues echaré mano de vos para mas altos empleos y bajo mas seguros auspicios. A nosotros que somos los jefes nos toca la noble ocupacion de formar planes: dejemos á las almas inferiores el vano y peligroso triunfo de ejecutar lo que nosotros hemos proyectado.

Con todo esto me conformaba yo fa-

eilmente, pues á pesar de mi condescendencia con Montreuil, no me agradaban las empresas arriesgadas, ó mas bien no me agradaba nada que me retrajese de mis ilusiones y me sacára de mi acostumbrada indolencia. Algunas veces sin embargo Montreuil, como para darme una gran muestra de confianza, me encargaba el desempeño de alguna comision pacífica y poco importante: de esta naturaleza fué la que recibí cuando me hallaba en el estado que he referido, embriagada mi alma con las primeras impresiones del amor y sin que el objeto de él tuviese noticia de esta pasion. Las intrigas á que servian de instrumento ciertos eclesiásticos tenian, como he dicho, ramificaciones en gran parte del continente. España era su principal teatro; y entre los agentes empleados para llevarlas á cabo habia algunos que, aunque desterrados de aquel pais,

todavía por su nombre y su clase tenían cierta importancia. Uno de los principales era el padre de la mujer á quien amaba, siempre dispuesto á entrar en cualquiera empresa que prometiese ocupacion á su alma inquieta é incansable.

Montreuil me comisionó, pues, para buscar á cierto Barnard (agente inferior del complot, que despues fué condenado por ello y que á la sazón se hallaba en aquella provincia) y comunicarle algunos mensajes que debia participar al español. Una idea luminosa se me ocurrió. Montreuil decia accidentalmente en su carta que el español no conocia á Barnard: ¿no podia yo fingir que era él, dar el mensaje por mí mismo é introducirme de este modo en la casa llevando á cabo un deseo que de otro modo, por la reserva y retiro en que el español vivia, no hubiera podido efectuar? Contra este plan se

presentaban dos objeciones: la una que yo era conocido personalmente en la ciudad en cuyas inmediaciones vivía el español, pudiendo por tanto este descubrir muy pronto mi secreto; y la otra que no tenía todas las noticias que podía tener Barnard sobre el complot, y que acaso debería saber el español para asegurar el buen éxito; pero estas objeciones me parecieron de poca monta. En cuanto á la primera digo interiormente: — Tomaré las mayores precauciones; iré siempre á pié y solo; no me presentaré nunca en la ciudad, y cuando al español, que raras veces sale de casa y que probablemente no habla nuestra lengua, llegue á saber que no soy Barnard sino Aubrey Devereux, ya habré conseguido mi objeto; acaso también antes que llegue á saberlo habré yo declarado mi verdadero nombre. A la segunda objeción dí todavía más cum-

plida respuesta.—Se lo revelaré todo á Montreuil, dige para mí, reclamaré su auxilio como una prueba de confianza y como un ensayo de mi habilidad en la intriga. Hícelo así; y el jesuita complaciéndose en poder envolverme cada vez mas en sus redes y encontrarme tan buen instrumento para sus proyectos, vino en ello de buena gana. Afortunadamente, como he dicho antes, Barnard era un agente inferior, jóven desconocido y oscuro: mi juventud por tanto favorecia mi disfraz; y Montreuil me dió todos los informes que necesitaba. Probé á engañar al español (por la primera vez, con palpitante corazon y trémula voz) y lo logré completamente. Continué el engaño..... Sí, Morton, sí..... Fulmina sobre mí tus mas terribles maldiciones: mira en tu hermano, en el hermano á quien tanto querías, en el hermano á quien creias

tan desapasionado , tan puro , tan impecable , mira á Barnard , al amante , al idólatra amante , al enemigo , al mortal enemigo de Isora de Alvarez!

Aquí seguian en el manuscrito algunas páginas de expresiones incoherentes y exclamaciones faltas de sentido , como si en aquel momento hubiese acometido al escritor su habitual delirio. Despues de estas páginas , en caracteres mas claros y de mano mas firme , estaba escrito lo que sigue :

La amaba ; pero con feroz é infausto amor (presagio de lo que habia de suceder). Muchas veces en las serenas tardes , cuando mirábamos ponerse el sol , cuando mi lengua temblaba sin acertar á hablar , cuando dulces y tiernos pensamientos llenaban el corazon y asomaban á los ojos de aquel ser , el mas hermoso y amable que ha existido , cuando mi frente refle-

jaba tal vez las mismas emociones , ideas cuya contemplacion me hace temblar aun ahora , se apoderaban de mí y me llenaban de furor. Si en aquellos momentos hubiéramos estado al borde de un precipicio, la habria estrechado entre mis manos y hundídome con ella en el abismo. Todas las cosas, menos una, acrecentaban mi pasion : la naturaleza , la soledad , las ilusiones de la juventud mantenian viva la llama de mi amor : solamente la religion la combatia : sabia que era un crimen amar como yo amaba á una criatura terrenal ; empleé la disciplina y el ayuno (1) ; derramé ardientes lágrimas ; oré,

(1) No necesito advertir á los lectores habituales de novelas cuán completamente ha sido copiado el carácter de Aubrey en cierta célebre novela francesa. Pero el escritor á que aludo no ha sido tan desapiadado como M. de Balzac, el cual con la mas lisonjera cortesía me ha robado escenas enteras de mi no-

y la intensidad de mi oracion me asustó á mí mismo, como si procediese de un corazon tocado de locura en el silencio y quietud de la solitaria noche; pero la llama ardía cada vez mas, y hacia mas estragos cuanto mayores eran los obstáculos que se le oponian: la idea de que mi amor era criminal la hacia tomar una forma tan terrible.—Tú eres la causa de mi condenacion, murmuraba yo al contemplar la tranquila faz de Isora: tú no lo conoces; pero yo debia destruirte á tí y aniquilarme á mí mismo; á tí por ser la causa del crimen, á mí por ser el criminal.

Sin duda porque mis ojos daban indicios de mis sentimientos, Isora en vez de amarme me mostró antipatía aun desde el

vela el *Desconocido*. Siento no haber encontrado en todas las novelas de M. de Balzac nada que pueda inducirme á devolversele el cumplimiento.

primer momento. De otro modo ¿por qué no habia yo de haberla inspirado el mismo amor que la inspiraste tú? ¿No era mi presencia tan buena como la tuya? ¿No era mi voz tan dulce? ¿No la amaba con tan impetuoso amor? ¿Por qué no me habia de haber correspondido? Yo era el primero á quien habia visto : tal vez, sí, tal vez me habria amado si tú no hubieras venido á perjudicarme. Maldícete á tí mismo ya que fuiste mi rival, ya que encendiste en mi corazon una hoguera y destrozaste mi cabeza con el delirio. Maldito... ¡Oh Santa Vírgen, perdonadme!... no sé... no sé lo que dice mi lengua ni lo que escribe mi mano.

Llegaste, pues, Morton, llegaste, la conociste, la amaste, te amó. Supe que habias logrado ser admitido en la casa, y en el momento en que lo supe miré á Isora y leí en su rostro mi suerte como por

intuición: ví desde luego que estaba dispuesta á amarte: ví el momento en que aquel amor que estaba en gérmen tomó forma distinta, lo ví, y entonces mis ojos se oscurecieron, zumbáronme los oídos cual si tuviera á mi lado un impetuoso torrente, y creí sentir que en mi cerebro se rompía una cuerda, cuyos pedazos jamás desde entonces se han vuelto á unir.

Solo una vez desde que fuiste admitido en la casa pensé confiarte mi amor y mi rivalidad; recordarás la noche en que nos encontramos en la cueva de la quinta, y en que tu bondad me afectó y me conmovió á despecho mio. Al día siguiente te busqué con ánimo de revelártelo todo, y mientras luchaba con mi confusión y con mis agitadas emociones, tú te anticipaste y me confiaste tu secreto. Absorto en tus propios pensamientos, no reparaste en los míos, y mientras tú insistías largamente

en pintarme tu amor á Isora , todas las emociones , escepto la agonía y el furor , fueron huyendo de mi pecho . No te respondí entonces con extension , porque estaba demasiado agitado para pronunciar un prolijo discurso ; pero al siguiente dia recobré la calma y decidí hacer el hipócrita lo mejor que me fuese posible . — No puede amarla como yo la amo , decia ; acaso sin descubrirle que soy su rival , y sin que mi tentativa sea culpable , podré apartarle de su amor invocando la razon . Fortalecido con esta idea te busqué , te hice presente la locura de tu amor , y te dí todos los consejos que la prudencia dicta , aunque los dicta en vano cuando se dirigen contra la pasion .

Seré breve . Ví que no habia hecho impresion en tí . Sofoqué mi furia , y continué visitando y vigilando á Isora . Para ello supe aprovechar las ocasiones , lo cual

no me era difícil, porque tenía noticia de todos tus movimientos; además manifesté al español que por motivos políticos me era preciso ocultarme de tí; por eso no nos encontramos nunca. Una tarde que Alvarez había salido á ver á un paisano y confederado suyo, encontré á Isora sola en la parte mas retirada del jardin: su amabilidad y sus maneras graciosas y agradables me conmovieron. Por la primera vez mi corazon dejó oír su voz distintamente, y la declaré mi idolatría. ¡Idolatría! sí, esta es la única palabra que sirve para expresar la adoracion y el crimen á un mismo tiempo. Oyóme con timidez, con amabilidad; pero con frialdad. Me habló, y de sus propios lábios supe lo que la razon me había revelado ya antes, es decir; que no había esperanza para mí. La flecha que atravesó mi corazon sirvió tambien para irritarlo.—Basta,

dije con aire feroz, amais á ese Morton Devereux, y por él soy despreciado. Isora se sonrojó y comenzó á temblar: entonces se apoderó de mí una especie de frenesí. Apenas sé las palabras que en mi rabia y desesperacion se me escaparon entonces; solo puedo decir que me descubrí á ella, que le dije que era el hermano, el rival, el enemigo del hombre á quien amaba, que proferí las mas terribles amenazas y maldiciones, y que la violencia de mi lenguaje y maneras la llegó á afectar tanto, que, como yo, no sabia dónde se hallaba. En aquel momento se oyó el galope de tu caballo: los ojos de Isora brillaron, y su aspecto recobró su firmeza.—El viene, dijo, y me protegerá.—Juradme, exclamé con voz de trueno agitando en una mano la espada desnuda y teniendo con la otra asido su brazo con fuerza salvaje, juradme (y una horrible

maldicion salió entonces de mis labios), juradme que nunca direis á Morton Devereux quién es su verdadero rival, que nunca le confesareis, ni á otro alguno, que Barnard y Aubrey Devereux son una misma persona; jurádmelo, ó si no yo juro (y repetí con solemne vehemencia la terrible maldicion) que he de esperar á mi rival y que en el momento en que llegue le he de hundir esta espada en el pecho, y antes de que yo muera he de ir á la ciudad y descubrir un secreto que enviará á presidio á vuestro padre. Elegid.

Morton, muchas veces has hecho elogios, muchas veces mi tio se ha burlado de la blandura femenil de mis facciones. Pero ha habido momentos en que me he visto el rostro en un espejo y no le he conocido, antes bien me he llenado de sorpresa y temor creyendo que tenia delante de mí á un demonio. Tal vez entonces se

habia verificado este cambio en mi semblante ; Isora levantó poco á poco los ojos hácia mí, poco á poco sus mejillas y labios se fueron poniendo pálidos como la muerte, y con entrecortadas palabras pronunció el juramento que le dicté. Entonces la dejé libre, y la ví caer en tierra como herida de un rayo. No me detuve á ver lo que era de ella, porque oia tus pisadas cuyo ruido se iba cada vez mas acercando; huí por el sendero que conducia desde el jardin á la playa, y poco despues me encontré en casa sin saber cómo.

Apesar de la mala noche que pasé como puedes presumir, me levanté por la mañana temprano anhelando saber de tí lo que habia sucedido despues de mi fuga. Mientras me lo contabas logré aparentar la mayor serenidad; ví que nada tenia que temer y dudo que la correspon-

dencia de Isora á mi amor me hubiese inspirado mas regocijo que la noticia que me diste de que habia desechado el tuyo. Te dí por cumplir algunos consejos comunes; te desagradaron y nos separamos.

Aquella tarde con sorpresa mia me visitó Montreuil en secreto. Traia entre manos ciertos proyectos que le habian hecho venir de Francia y le obligaban á permanecer oculto en aquellas inmediaciones. Pronto me sacó mi secreto; es maravilloso el poder que tenia de penetrar, dirigir y amoldar segun su gusto mis sensaciones y pensamientos. Por entonces tenia una comunicacion que hacer y una carta que dar á Alvarez. Esta comision no podia yo ejecutarla personalmente porque tú me habias manifestado la intencion que tenias de descubrir si te era posible á Barnard ó encontrarte con él, y sabia que habias salido de casa con

este objeto. Montreuil tampoco quería correr el riesgo de que le vieses tú, sobre quien tarde ó temprano confiaba en lograr una influencia igual á la que tenia sobre tus hermanos. Gerald fué, pues, el elegido para la comision. La desempeñó, vió á Alvarez por la primera y única vez en la playa inmediata á la ciudad de..... Le viste y creiste descubrir en él al verdadero Barnard.

Pero aquí anticipo los sucesos, porque no me informaste de esta ocurrencia ni de su resultado hasta algun tiempo despues. Volviste luego y por espacio de dos dias tus pasiones (que siendo tan intensas y terribles como las mias, es indudable que te hubieran hecho igualmente criminal si te hubieras hallado en mi caso), terminaron en una fiebre violenta. Estuviste en cama tres ó cuatro dias y yo entretanto me aproveché de este suceso. Mon-

treuil me sugirió un plan que adopté inmediatamente. Busqué al español y le dije en confianza que querías seducir á su hija. Díjele tambien que para privar á Isora de toda proteccion y salvar los obstáculos que su orgullo pudiera oponer á tus proyectos, pensabas denunciar al gobierno los planes que habias llegado á descubrir y en que Alvarez estaba comprometido. Aconsejele como el medio mejor y mas prudente de salvar á Isora y salvarse á sí mismo, que dejase la casa que habitaba y se refugiase en la capital donde podria vivir ignorado. Le rogué ademas que no te dijese que sabia tus intenciones criminales porque sería exasperarte inutilmente. Dile dinero con que pagarte el que le habias prestado y que te proporcionó el medio de relacionarte con él, y le dicté hasta los términos de la carta en que te lo devolvió. Hecho esto

quedé mas tranquilo. Estabas separado de Isora ; ella podia olvidarte ; tú podias olvidarla ; yo sabia la casa en que su padre habia buscado asilo ; podia entrar en ella cuando quisiera y al fin me lisonjeaba con la esperanza de prosperar en mi amor.

Poco tiempo despues me hablaste de tus sospechas respecto á Gerald ; no las confirmé , pero tampoco procuré destruirlas.—Ya se aborrecen dije: ¿puede su odio ser mayor? Entre tanto bueno es que no sospeche de mí. Gerald sabia que Barnard era agente del complot , pero ignoraba que yo hubiese tomado su nombre. Cuando le hablaste de sus relaciones con él se quedó naturalmente confuso. Tú interpretaste esta confusion por el hecho de ser tu rival , pero en realidad procedia de la creencia de que estabas enterado de sus planes políticos. Mon-

treuil, que había estado todo este tiempo oculto en la isleta que daba frente á la cueva de la quinta, salió para Francia en el mismo dia de la partida de Alvarez para Londres. Antes de marchar tuvimos el jesuita y yo varias conferencias sobre mi amor. Al principio se opuso á él y procuró que diese oídos á la razon ; pero sorprendido al notar lo arraigada que estaba la pasion en mí, cedió por último y determinó auxiliarla y servirse de ella. He dicho que habia seguido su consejo en el caso anterior. El hecho de recibir el consejo de una persona tan exenta de humanas pasiones, tan exclusivamente dedicada al logro de un solo objeto, en el cual creia servir la causa de la religion; el hecho de ser aconsejado por semejante hombre para satisfacer una pasion tan furiosa y dominante, me hizo creer que no era yo tan criminal como habia pen-

sado al principio. Otros consejos me dió despues. — No busqueis á Isora, dijo, hasta que haya pasado algun tiempo, hasta que el naciente amor que conserva á vuestro hermano haya desaparecido, hasta que la impresion de temor que habeis producido en ella se haya desvanecido algun tanto, hasta que el tiempo y la ausencia hayan hecho su oficio en el ánimo de Morton. Entonces os habreis deshecho de vuestro rival, terrible no solamente por ser vuestro hermano, sino por ser hombre de carácter duro, resuelto y activo.

Seguí este dictámen, tanto porque prometia buen resultado, cuanto porque yo no era criminal por sistema y deseaba, si fuera posible, concluir con nuestra rivalidad; y principalmente porque sabia que entretanto si yo estaba privado de su presencia, tambien lo estabas tú; y la en-

vidia era en mí una pasion mas intolerable y poderosa que el mismo amor de que procedia. Pasó algun tiempo; tú aparentabas haber vencido tu amor y complacerte en las frivolidades mundanas; pero yo leia en tu corazon, porque desde el momento en que la pasion del amor se apoderó de mi pecho, mis ojos recibieron por decirlo así el don de segunda vista y podian penetrar los mas ocultos misterios del amor de otros.

Dos acontecimientos de importancia ocurrieron antes de que salieses para Londres; el uno fué la entrada de Juan Desmarais á tu servicio, el otro tu rompimiento con Montreuil. Hablaré ahora del primero. El jesuita tenia un amigo de la niñez que habia nacido en la misma aldea que él y de padres humildes como los suyos; este amigo habia recibido buena educacion y tenia un ingenio natu-

ral y un talento despejado. Por cierto fraude cometido en la casa de un noble francés donde estaba sirviendo, habia sido despedido, y se hallaba apurado de recursos; y Montreuil pensó socorrerle colocándole en nuestra familia. Una observacion frívola y accidental que hiciste y que yo repetí á Montreuil en mi correspondencia como muestra del carácter que habias desplegado en aquel tiempo, le presentó oportunidad para ejecutar el plan que habia concebido. Desmarais vino á Inglaterra en un buque contrabandista, se presentó á tí como criado y fué recibido. Dos miras se llevaba Montreuil en este plan; primera proporcionar á Desmarais en Inglaterra un empleo provechoso para él y útil para cualquier proyecto ó intriga que pudiese necesitar de su auxilio; segunda el tener un espía perpetuo y diestro que observase todos tus movimientos.

Respecto al segundo acontecimiento á que he aludido, á saber, tu rompimiento con Montreuil....

Aquí Aubrey con la terrible claridad que distinguia á los anteriores detalles y que formaba doble y horrible contraste con otras páginas oscuras y borrosas del manuscrito, refería lo que el lector recordará que me habia contado Oswald respecto á la carta que por encargo de Mme. de Balzac debia poner en mis manos. La imprevista aparicion de Montreuil en la sala fué efecto del aviso de Desmarais, que habia reconocido á Oswald al apearse á la puerta de la quinta, y sabia ya que estaba al servicio de la *intrigante* jansenista.

Refería despues Aubrey que Montreuil, facultado con mas autoridad y poder que hasta entonces para trabajar en los proyectos de aquella sabia orden

cuyas doctrinas tanto habia pervertido, se presentó en Londres, y que poco despues de mi partida para el mismo punto, Gerald y él salieron juntos de la quinta de Devereux. Gerald, á quien las cosas mas frívolas distraian de la ejecucion de cualquier proyecto por importante que fuese, volvió á la quinta para proseguir la comenzada conquista de una aldeana; Aubrey por el contrario, siguió hasta Londres, buscó el barrio apartado y miserable donde Alvarez vivia, y para evitar mi encuentro se proporcionó una casa en el mismo distrito, renovando despues sus pretensiones con Isora. El lector sabe ya lo que sucedió entonces: Aubrey reveló por último al padre su verdadero nombre; el español quedó deslumbrado con la perspectiva de tan honroso enlace; Isora comenzó á ser perseguida por ambos, pero á ambos resistió. Mas

esto ya lo he dicho otra vez. Pasé algunas páginas escritas en estilo incoherente y despues leí lo que sigue:

Supe, pues, por Desmarais que te la habias llevado juntamente con su moribundo padre, y que les habias puesto en una casa decente y segura. Aquel hombre, hechura de Montreuil, ó mas bien tan apegado á su propio interés, con el cual el de Montreuil estaba identificado, facilmente podia descubrir tus secretos á una persona como yo, á quien imaginaba instrumento del jesuita, y de cuyo interés en saberlos no tenia entonces la menor noticia. Visité á Isora en su nueva casa, y de nuevo mi furor la hizo temblar. Entonces por la segunda vez apelé á la fuerza.... ¡Ha! ¡ha Morton! Me parece que te estoy viendo, me parece que te oigo murmurar una maldicion. Maldice cuanto quieras; cuando leas esto ya estaré fuera

del alcance de tu venganza, fuera del alcance de todo humano poder. Y sin embargo pienso que si fuese puramente barro, que si fuese solamente el insensible monton de cenizas que la losa del sepulcro cubre, que si no tuviese en mí una cosa que debe vivir eternamente en mundos no imaginados á donde nada terrenal puede llegar, temblaría bajo la tierra cuando pusieras en ella tu planta, y cuando sobre ella resonase tu maldicion. Por segunda vez apelé á la fuerza, y por segunda vez fuí repelido por los mismos medios, por la mano y la daga de una mujer. Pero yo sabia que el amor que te profesaba Isora me proporcionaba el medio de no ser nunca descubierto: sabia que amenazando tu vida podia someter su voluntad y obligarla á cumplir el juramento de guardar silencio. Hiceselo repetir, y por algunas palabras que se le escaparon

describí que creia que tú sospechabas ya de mí, y que solo en consideracion á sus ruegos habias renunciado al proyecto de buscarme. Hícela mas preguntas y pronto advertí que era de Gerald de quien sospechabas; pero no se lo dije á Isora porque quise dejarla en un error que podia ser util para mi disfraz. Despues ocurriéndoseme que podia ser descubierto si alguna vez hablabas con Gerald sobre este punto, exigí de Isora la promesa de obligarte á no manifestarle una sola vez tu sospecha. Luego que salí de su cuarto volví otra vez para amenazarla si se casaba con tigo. Miserable egoista ¿por qué permitiste que despreciase estas amenazas?

Huí en seguida de la casa, como un mal espíritu huye del cuerpo que ha poseído. Volví de noche á mirar á las ventanas y me detuve á la puerta de su casa.

Tal habia sido mi costumbre mientras habia vivido en su antigua habitacion. No llevaba ningun mal pesamiento. ¡Cosa estraña! con las emociones tempestuosas y omnipotentes que constituian la mayor parte de mi amor, se mezclaba, aunque subyugada y latente, cierta dosis de la mas pura, sí, y aun puedo añadir de la mas santa ternura. Muchas veces despues de uno de aquellos accesos de rabia, de desesperacion, en que habia proferido los mas horrorosos juramentos y hecho las mas terribles amenazas, me retiraba á algun sitio escondido y lloraba hasta que las lágrimas hacian desaparecer toda la dureza de mi corazon. Muchas veces en aquellas vigiliass nocturnas solia detenerme junto á la puerta y murmurar:—Esta habitacion cuya entrada no se niega al pobre ni al hijo del pobre, vos la tendriais cerrada para mí si supieseis que estaba tan

cerca. Y sin embargo, si me hubiéseis amado en vez de aborrecerme y despreciarme, yo os habria servido y adorado, como no sabe el hombre servir y adorar. Ahora os hace temblar mi vehemencia; entonces no hubiera salido de mi boca ni una silaba que pudiese ofenderos; ahora os estremece la furia de mi pecho; entonces os habria maravillado su blandura.

Estaba pues haciendo mi acostumbrada centinela, cuando me encontré contigo; me hablaste, no respondí; te acercaste á mí, me retiré; me seguiste, huí. No me asusta generalmente el peligro, aunque mis nervios son á veces débiles y se conmueven ante él. Le he visto de cerca en los últimos años cuando ya mi cuerpo estaba debilitado y mi alma carecia de energia; he estado expuesto á las tempestades en el mar y al puñal de los

ladrones en la tierra, y he mirado el riesgo con ojos serenos. Pero á tí, Morton Devereux, á tí siempre te he temido. Cuando éramos niños veia á otros mucho mas fuertes que yo retroceder en tu presencia y no atreverse contigo; habia visto al gigante y forzado Gerald temblar ante tu arrugado ceño; habia visto humillado el orgullo de Montreuil por la espresion desdeñosa de tus labios ó el duro sarcasmo de tu mirada; te habia visto á tí tambien en tus momentos de indómito furor, y sabia que si en la tierra existia un hombre cuyas pasiones fuesen mas terribles que las mias, ese hombre eras tú. Pero tus pasiones eran sostenidas aun en sus mayores escesos; eran solamente las armas, los instrumentos de tu alma, al paso que las mias eran verdugos y tiranos de la mia. Tus pasiones secundaban tu voluntad; mis pasiones

cegaban y aniquilaban la mia. Desde la infancia, aun en los momentos en que mas amor me mostrabas, me infundiste temor, y los años profundizando esta impresion la hicieron indeleble. No podia sufrir el pensamiento de que lo supieses todo y de encontrarme despues contigo. Y este temor, al paso que me quitaba las fuerzas en algunos momentos, en otros aumentaba mi ferocidad, hasta la locura por medio de la vergüenza y del desprecio de mí mismo.

Huí de tí, me perseguiste, me ibas á los alcances; ya recuerdas cómo me libré. Pasé por medio de aquella gente ébria y alborotadora que te cerró el paso y llegué á mi casa que estaba inmediata, porque en el mismo dia en que supe que Isora habia cambiado de habitacion, me mudé yo tambien para estar cerca de ella. No me causó la menor alegría el haberme

librado de tí, antes bien en el dolor que me infundía mi vergüenza, hubiera sido capaz de destrozár y aniquilar mi cuerpo con mis propias manos.—Me atrevo, decia, me atrevo á injuriar, á amenazar, á forzar la voluntad de una mujer que me desprecia, y no me atrevo á arrostrar la presencia del rival por quien soy despreciado! En aquel momento una idea repentina y horrible iluminó mi alma como si hubiese sido precedida de una corriente de fuego. Morton, resolví asesinarte en el instante. En mi mesa habia una pistola, la tomé, la guardé en el bolsillo y me dirigí á ocultarme bajo un ancho sopor-tal, por cuya inmediacion sabia que tenias que pasar para dirigirte á tu casa que estaba en la misma calle. A los tres minutos de haber entrado en mi casa salí de ella con este objeto: sabia, porque habia oido ruido de espadas, que los

Moawks te detendrían algun tiempo; creí probable que despues continuases buscándome, y sobre todo estaba cierto de que aun suponiendo que te hubieses encaminado á toda prisa á tu casa, apenas podias llegar á ella antes que yo al soportal. Corrí pues á él, me oculté y esperé tu llegada. Llegaste en los brazos de dos hombres y seguido de otros; ví tu rostro pálido, tu aspecto inanimado y tus ensangrentados vestidos. Quedé mudo de horror: uníme á la multitud, y supe que habias sido herido y que se temia que la herida fuese mortal.

No volví á casa, no salí de la ciudad, pasé en el campo toda la noche, elevé mi corazon á Dios, lloré á grito herido, y se restableció en mí la paz ó á lo menos quedé en un estado, que era paz comparado con las negras tempestades que poco antes habian dominado mi corazon. La vista

de tu cuerpo ensangrentado é insensible, del cuerpo de un hermano contra el cual habia formado proyectos fraticidas, alejó de mis manos el arma y de mi cuerpo la locura. Me estremeci al considerar el crimen que habia estado expuesto á cometer; bendije á Dios por haberme librado de él, y con la gratitud y el temor vino el arrepentimiento, y el arrepentimiento me inspiró la resolución de huir por no esponerme á una lucha con mi poderosa y terrible tentacion. Ni aun á la mañana siguiente quise volver á casa; mi ansia por saber de tí era tal, que olvidé toda precaucion; yo mismo me presenté en tu casa; ví á uno de tus criados que no me conocia; pregunté y supe que tu herida no era mortal, y segun los médicos ni aun peligrosa.

Al oir esta noticia sentí que las serpientes de mis pasiones se agitaban aun

dentro de mí; pero resolví dominarlas, y para no esponerme á la tentacion de pasar por casa de Isora, busqué un caballo, monté en él, y huí resueltamente de aquella escena en que peligraba mi alma. —Volveré, dije, al lugar donde pasó nuestra infancia; me rodearé de los objetos que mas me recuerden el amor que mi hermano me tenia; pensaré (mientras la penitencia y la oracion laven mi alma de tan negro pecado), pensaré en la gloria de hacer un sacrificio por ese hermano.

Volví, pues, á la quinta de Devereux, y resolví abandonar toda esperanza de amor, toda intencion de perseguir á Isora. Hermano, hermano mio, mi corazon se inclina á tí en este momento, aun cuando los años y la distancia, y sobre todo mis crímenes, han puesto un abismo entre nosotros, abismo que nunca podré

atravesar; mi corazón se inclina á tí cuando pienso en aquellas pacíficas soledades y en los paseos que dábamos juntos cuando éramos puros é inmaculados, cuando la vida era toda verdor y fresca, cuando no teníamos la menor idea de lo que iba á suceder. Si aun ahora te quiero, Morton, cuando pienso en aquella casa y en aquellos dias, bien puedes creer que te amaba entonces. Sí, lo repito, resolví dominar mis propias emociones, y no interponerme por mas tiempo entre Isora y tú. Con este designio, ya enteramente dispuesto á tu favor, te escribí una larga carta tal como la hubiera escrito en los tiempos de nuestra primera juventud. Dos dias despues todos mis nuevos propósitos se desvanecieron, y los malos pensamientos que estaban adormecidos, no desarraigados, despertaron de nuevo tan negros y furiosos como antes.

La misma noche en que te escribí esta carta vino á verme Montreuil secretamente á mi cuarto. Estaba acostumbrado á visitar á Gerald en secreto, y presentándose cuando menos se le esperaba; y parecía en cierto modo sobrenatural la manera con que pasaba de un punto á otro sin que nadie le viese ni le molestase. Había concebido un proyecto infame, y venido á la quinta de Devereux para tantear las probabilidades de éxito que pudiera tener; allí vió que era necesario envolverme á mí en su plan. Los médicos de mi tío habían declarado que no podía vivir muchos meses; Montreuil supo esto por mi madre ó por Gerald, y resolvió, si fuese posible, que las posesiones de la familia, en vez de recaer en tí, recayesen en persona sobre quien él tuviese influencia. Montreuil era tan pobre como la rígida ley de su órden manda; todos sus planes

exigian grandes gastos, y en ninguna parte podia encontrar dinero mas á tiempo y en mas abundancia que en los cofres de cualquier individuo de nuestra familia escepto tú. Aquel hombre se jactaba de carecer de todo y de mandar en todo á pesar de esto; y habia determinado por medio de la astucia ó del crimen aprovechar la ocasion de hacer recaer la herencia de mi tio en Gerald ó en mí.

Para esto le fueron útiles las disensiones que reinaban entre nosotros, y que él habia sembrado y cultivado en nuestros pechos. Empezó por escitar la enemistad que yo habia manifestado contra tí en nuestra última entrevista; vió que habia cambiado mucho de opinion; pero fingió aplaudir el cambio. Despues me preguntó por la salud de mi tio, y le dije lo que realmente habia ocurrido, á saber; que el dia anterior Sir William me habia leido

una parte del testamento que acababa de hacer, y en que te dejaba por heredero de todos sus bienes. Al oír esta noticia se convenció Montreuil de la necesidad de hacerme consentir en su proyecto, pues habiendo yo visto el verdadero testamento, no podia fingirse otro sin que yo tuviese noticia del fraude. Montreuil me conocia bien; sabia que ni la avaricia tenia poder sobre mí, ni el placer me halagaba, ni la ambicion producía en mi alma efecto alguno; pero sabia tambien que el amor, la envidia y el terror religioso eran los resortes que ponian en movimiento todo mi ser. Puso, pues, los dos primeros en accion, dejando el último en reserva. No volvió á hablarme del objeto á que aspiraba; no me dijo una palabra mas sobre la herencia; hablóme solamente de Isora y de tí, y despertó con diestras insinuaciones las furias de mi corazon, que

por un momento habian estado apaciguadas. Díjome que habia visto á Isora hacia muy poco tiempo; me describió muy por extenso su deslumbradora belleza; alabó mi heroismo en renunciar á ella en favor de un hermano que no podia amarla tanto como yo, que en realidad nunca me habia amado, y cuya ironía y sarcasmo no habian contenido ni aun las consideraciones debidas á la fraternidad. Presentó el contraste que hacian tu persona y tu inteligencia con las mias, dándome á entender el desprecio con que debia mirarme la gente, é irritando de este modo mas y mas la vanidad que acompaña siempre á la envidia, como causa que es de ella las mas veces. Detúvose por fin en ponderar el tesoro de hermosura que ibas á poseer, mientras yo, siendo el primero que lo habia descubierto, te lo abandonaba tan noble y generosamente.

— ¡Abandonarlo! grité, no, estoy privado de él; pero no le he abandonado mientras he tenido esperanza de que sea mio, ni le abandonaré mientras la tenga. El jesuita manifestó entonces el mayor asombro.

— ¡Cómo! dijo, ¿estais seguro de haber hecho todo lo posible por conquistar ese tesoro? Verdad es que habeis obsequiado á Isora; pero aunque ella no prefiriese á Morton personalmente, ¿creeis que dejaría al heredero de una inmensa riqueza por favorecer la humilde pasion de un hijo menor? No conocéis á las mujeres; el amor en ellas ó es locura, ó costumbre, ú orgullo; este último vicio es el que dirige la conducta de Isora. ¿Habeis tratado de poner su orgullo de vuestra parte? De ningun modo. Vuestros esfuerzos solo se han dirigido á desprender á Isora de Morton; ¿pero habeis empen-

dido alguna vez la tarea mucho mas fácil de desprender á Morton de Isora? No, nunca. Y Montreuil repitió sus elogios por la generosa cesion de mis derechos. Yo le interrumpí entonces:—No he hecho cesion ninguna, ni la haré mientras me quede alguna esperanza; ¿pero dónde está esa esperanza, y cómo se ha de realizar?

Aquí se explicó por fin el jesuita despues de un artificioso preludeo, proponiéndome que pusiera en juego todos los medios que estuviesen á mi alcance para que se conjurasen contra tu casamiento con Isora todos los obstáculos de ambicion, de interés y de engrandecimiento. Conozco, dijo, el carácter de Morton perfectamente. Su principal virtud es el honor; su principal máxima es la ambicion. No intentará la posesion de esa muchacha sino por medio del matrimonio,

y esto por las mismas razones que inducirían á la mayor parte de los hombres á observar una conducta contraria, es decir, por el abandono en que se encuentra, por su pobreza, por su confianza en él y por su amor, ó mejor dicho, por esa apariencia de amor que él tiene por verdadera pasión. Esta virtud (y la llamo virtud, aunque no lo es, porque no hay virtud sino en la religion) solo le presenta dos caminos que seguir, ó casarse con ella, ó abandonarla. Ahora bien; si podemos poner á su ambicion, que es la gran palanca de su conducta, en oposicion con su casamiento, solo le quedará el último medio, y yo os aseguro que podemos emplear esta palanca en vuestro favor; dejadlo á mi cargo. Entonces, Aubrey, en el momento de su resentimiento, de su irritacion al verse así abandonada, al ver de tal modo ultrajada su vanidad, os pre-

sentareis vos, no como lo habeis hecho hasta aquí amenazador y terrible, sino amable, sumiso, complaciente, con miradas de amor, con protestas de penitencia, justificando vuestra conducta pasada con el exceso de vuestra pasión, y prometiendo para en adelante una ternura sin límites, nacida de la misma causa, causa que hace perdonar á una mujer cualquier error y olvidar cualquier crimen; entonces comparará vuestro amor con el de vuestro hermano; entonces caerá la venda de sus ojos; entonces verá lo que hasta aquí no ha podido ver, que vuestro hermano comparado con vos es un sátiro comparado con un gallardo mancebo; entonces, sonrojada y lánguida, ocultará su rostro en vuestro pecho.— Basta, basta, grité, haced de mí lo que queráis; aconsejadme y yo seguiré vuestros consejos.

Aquí seguían en el manuscrito páginas enteras de maldiciones contra Montreuil, y exclamaciones cada vez mas incoherentes: despues continuaba la historia de este modo.

Me escribiste que sondease á mi tio respecto á tu proyectado enlace. Montreuil me dictó la respuesta , y tuve precision, á despecho del odio que de nuevo se habia despertado en mí , de copiar sus espresiones afectuosas ; mi tio te escribió tambien , y nosotros aumentamos su repugnancia al enlace que le proponias con insinuaciones ofensivas al honor de Isora , y con un anónimo que le hicimos remitir de Londres para el mismo objeto. Entre tanto yo no sabia que Isora estuviese en tu casa : tu contestacion parecia dar á entender que no desobedecerias al tio. Montreuil, que continuaba oculto en las intermediaciones, y con quien tenia fre-

cuentes conferencias de noche, aparentó regocijarse mucho del buen éxito de su consejo. Dijome que tenia constantes noticias de todos tus pasos y conducta, y entonces me participó que Isora se habia trasladado á tu casa al oír que estabas herido; que segun esperaba él de tu carácter no te habias aprovechado de su indiscrecion; que tan luego como recibiste la carta de mi tio y la mia te habias separado de ella, y que si bien la visitabas todavia, era sin duda con el objeto de ir cortando poco á poco las relaciones; por último, que de todos modos no habias dado ningun paso para celebrar el matrimonio.—Ahora bien, dijo Montreuil, demos el último golpe, y el premio es nuestro. Sir William no puede vivir mucho; si pudiésemos persuadirle que dejase sus bienes á Gerald ó á vos, con solo una pequeña manda (comparativamente hablan-

do) para Morton, éste que es vano y emprendedor, abandonaría completamente el proyecto de casarse con una extranjera desconocida y sin recursos; pues solamente las grandes esperanzas que tiene de poseer un caudal tan considerable escusan aun á sus propios ojos, la imprudencia de casarse con una mujer pobre. Si podemos llevar á cabo este proyecto, y evitar entre tanto que se case Morton, en breve os deshareis para siempre de vuestro rival, y sus méritos desaparecerán también á los ojos de Isora cuando desaparezcan las brillantes ventajas de la riqueza. No os sorprenda este plan; no hay crimen ninguno en él; yo, vuestro confesor, vuestro tutor, el siervo de Dios, soy la última persona que podía aconsejaros, ni aun insinuaros, nada que fuese criminal; pero el fin santifica los medios. Privando á Morton de esa herencia, no

solo asegurais el logro de vuestro objeto, sino que contribuis al triunfo de la causa del trono y del altar, y de la religion que es superior á los reyes y á los príncipes de la Iglesia. Las riquezas en manos de Morton serán inútiles ó tal vez perniciosas para esta causa: en vuestras manos ó en las de Gerald podrán hacer grandes servicios. Las riquezas producidas por el público deben aplicarse á los usos del público, aunque por ello se lastimen algun tanto los intereses particulares.

De esta manera me preparaba Montreuil para el proyecto que meditaba, mas aun no estaba yo suficientemente convencido. Tan poco sujeto á principios fijos es el crimen, que yo siendo capaz de cometer un asesinato, de mentir, de ejecutar casi todas las infamias que mi pasion me dictaba, retrocedia ante el pensamiento de un fraude. Montreuil cono-

ció que no era yo enteramente suyo, y resolvió apartarme de la quinta, donde podria servir de obstáculo á sus planes. Me aconsejó que viajase por algunas semanas.—A vuestra vuelta, dijo, Isora será vuestra; entre tanto dejadlo todo á mi cuidado. Yo era en sus manos un instrumento pasivo, y seguí la direccion que él quiso darme.

Seré breve al referir el negro fraude que entonces se cometió. Entre otras habilidades tenia Juan Desmarais la de imitar exactamente toda clase de letras. Hallábase entonces en Londres á tu servicio; Montreuil le envió á llamar, y entre tanto procuró sacar al escribano, en cuyo poder se hallaba, el original del testamento de mi tío. Este escribano era antiguo conocido de Montreuil, y habia sido empleado algunas veces en intrigas políticas por él, porque era hermano de aquel

Oswald de quien te he dicho que se crió con el jesuita y con Desmarais. Esta circunstancia indujo probablemente á Montreuil á concebir el plan de falsificar el testamento. Antes que llegase Desmarais para copiar aquella parte del testamento que el genio original de mi tío le habia hecho escribir de su propio puño, tú, alarmado con su carta, llegaste á la quinta de Devereux, y en el mismo dia Sir William, que habia caído en cama el dia anterior, murió. Entre este dia y el de los funerales, Desmarais copió el testamento, sustituyendo solamente el nombre de Gerald en vez del tuyo, y reduciendo el legado de cuarenta mil libras en su favor, suma igual á la que me correspondia á mí, á veinte mil libras que debian entregátese. Menos de esta cantidad no se atrevió Montreuil á poner por no escitar sospechas, y este mismo motivo le retra-

jo sin duda de dejarse á sí propio alguna manda. Tales fueron las únicas alteraciones que se hicieron; por lo demas Desmarais imitó perfectamente la letra de mi tío, y ni una sola parte del documento podía dar indicios del fraude. Luego que se leyó el testamento, Montreuil se presentó en mi cuarto y me confesó lo que habia pasado.

Aubrey, dijo, he hecho esto en parte por favoreceros; pero me he propuesto un fin mas alto todavía que el de vuestra felicidad ó que mis ardientes deseos de promoverla. Mi vida está dedicada á un solo objeto, el engrandecimiento de la santa órden á que pertenezco; los proyectos de esta órden van dirigidos únicamente á fomentar los intereses del cielo, y sirviéndolos sirvo al cielo mismo. Aubrey, hijo mio, en quien se cifra toda mi esperanza en la tierra, esos planes

exigen instrumentos carnales, y su fin es recto aun cuando los instrumentos sean malos. Lo que he hecho es justo delante de Dios y delante de los hombres. He arrancado un arma de las manos de un enemigo y la he puesto en las de un aliado. No he tocado ni á un átomo de esa riqueza, aunque con la misma facilidad que la he trasladado de Morton á Gerald podia habérmela legado á mí; no he tocado á un átomo de ella, ni por vos, á quien amo mas que á nadie, he hecho siquiera lo que me dictaba mi corazon. Podia haberos traspasado la herencia; pero no lo he hecho. ¿Por qué? Porque entonces habria atendido á la satisfaccion de un deseo egoista á expensas de los intereses del género humano. Gerald es mas á propósito que vos para los servicios que esos intereses exigen. Tambien he querido evitaros el remordimiento que

vuestra conciencia, tan delicada y sensible, experimentaría viéndoos elegido como instrumento de un aparente agravio á Morton. Todo lo que se exige de vos es el silencio. Si alguna vez para vuestros gastos necesitais mas de lo que os ha quedado, teneis, así como yo, derecho á esa riqueza que Gerald solo posee por nuestra voluntad.

Si Montreuil no logró convencerme completamente con discursos de esta naturaleza, mi ardiente pasion necesitaba pocos estímulos para adherirse á cualquiera esperanza de verse satisfecha. Consentí por tanto, aunque no sin largas y frecuentes discusiones, en el proyecto de Montreuil, ó por mejor decir, en no hablar palabra por donde pudiese descubrirse. Poco tiempo despues te escribí una carta dictada por él, pretendiendo justificar con especiosas razones, el cam-

bio de intenciones de mi tío, y disculpando á Gerald de toda connivencia en semejante alteracion ni en el fraude que tú creías se habia cometido. Debíamos á Gerald esta justicia, pues por entonces, y segun creo hasta ahora, estaba y está ignorante de los medios por donde ha adquirido su caudal; creia en efecto, que tu amor á Isora habia ofendido á mi tío y que por eso te habia desheredado; y Montreuil tuvo especial cuidado en exasperarle contra tí, exagerando el agravio que hacias á su honor con tus sospechas. No sé si Montreuil pensaba realmente que abandonarías el proyecto de casarte con Isora cuando te vieses pobre, lo cual es probable que lo creyese, segun la opinion que tenia de tu carácter, ó si solo deseaba hacerme consentir por cualquier medio en un acto tan importante para su objeto; lo que puedo decir es que

nunca me abandonó ni cesó de sostener mis ardientes, cuanto débiles esperanzas, desde el momento en que me comunicó la falsificación del testamento, hasta el día en que nos trasladamos juntos á Londres, lo cual no hicimos sino cuando ya la amenaza de que lo echaría todo á perder, si me presentaba á Isora antes de que tu la abandonases, no sirvió de nada para detenerme en la quinta.

Morton, hasta aquí te he escrito como si mis venas estuvieran llenas de agua, en vez de estar llenas de un fuego devorador que atravesando por ellas llega hasta el cerebro y allí se detiene y lo destruye todo, hasta la memoria que en otro tiempo parecía eterna. Ahora siento que se aproxima la consumación de..... ha!.... ¿de qué?.... sí, de qué? Hermano te ha sucedido alguna vez cuando te has creído enteramente solo.....

de noche..... estando todo en el mayor silencio..... te ha sucedido alguna vez levantar los ojos y ver exactamente en frente de tí á un diablo..... á una cosa horrible, que no se mueve, que no habla pero que te mira con ojos fijos, vidriosos, é incansables? Pues esa cosa está ahora enfrente de mí y mira todo lo que escribo. Pero no, no me espanta. He dicho que acabaría esta tarea, y ya la tengo casi concluida; aunque á veces se abria esta cenicienta caverna, y veia sus toscas paredes hundirse á uno y á otro lado hasta que llegaban al infierno, y allí encontraba.... pero no quiero decírtelo hasta que nos encontremos allí. Ahora estoy otra vez tranquilo: lee.

No pudimos descubrir á Isora ni su habitacion; tal vez el jesuita dispuso que así sucediese, pues por entonces atormentado con sus insinuaciones diabólicas, y

con las angustias de mi propio corazon, apenas sabia ni lo que era ni lo que deseaba; y solia estarme sentado por espacio de muchas horas mirando al cielo y pareciéndome el aire que sentia tan suave y tan agradable, que me daban ideas de hacerme un agujero en la frente para que pudiese entrar por allí, y refrescar y apaciguar la angustia dolorosa que cual plomo derretido hacia hervir mi cerebro. Al fin encontramos la casa que no habíamos podido hallar al principio.—Mañana, dijo el jesuita, y derramó lágrimas al decírmelo, porque aquel hombre cruel era sensible algunas veces; mañana, hijo mio, la vereis, pero mostraos amable y conservad un poco de serenidad. La mañana vino; pero Montreuil estaba pálido, mas pálido que yo nunca le habia visto; me miró fijamente y me dijo:—Hoy no, hijo mio, hoy no; ha salido fuera de la ciudad

y no volverá hasta la noche. Hermano mio, la noche vino y con ella Desmarais, todo trémulo y asustado. — El infame Oswald, dijo, nos ha vendido á todos; me ha llamado aparte, y me ha dicho que mi amo tenia en su poder la confesion escrita de su hermano; pero que él habia mirado por mi seguridad y la vuestra, Montreuil, exigiendo que no se abriese el paquete hasta dentro de siete dias. Mas yo sé donde está el paquete. Desmarais llevó aparte á Montreuil, y estuvieron hablando un rato en secreto; por último, le oí decir que aquella era tu noche de boda.

¿Qué sentí entonces? ¿La misma furia, la misma tempestad, el mismo delirio que habia sentido antes al solo anuncio de semejante acontecimiento? No, sentí un acceso de júbilo. Sí, me alegré; pero mi alegría era la del conquistador cuando

sabe que tiene en su poder á su mortal enemigo y cuando le condena á perder la vida. — Morirán, dije entre mí, y morirán esta noche, lo he jurado; juré á Isora que la noche de sus bodas mancharía yo con sangre su lecho nupcial y cumpliré mi juramento. Me aproximé á Montreuil y á Desmarais; estaban discutiendo los medios de obtener el paquete. Montreuil instaba á Desmarais para que le estragase del sitio donde tú le habias guardado, y le escondiese en lugar seguro; pero á este plan se oponia abiertamente Desmarais, insistiendo en que no le sería posible librarse de las investigaciones que necesariamente se harían, y que estaba resuelto á no esponerse *solo* al peligro del hurto. — El conde, dijo, vió que estaba yo presente cuando guardó el paquete; por tanto las sospechas recaerán únicamente sobre mí. ¿A dónde he de huir?

No ; quiero serviros con mis talentos, pero no con mi vida.—Desgraciado, dijo Montreuil, si se abre el paquete cuenta por segura tu muerte.—Sí, dijo Desmairais, pero podemos apoderarnos de esos papeles y hacer que las sospechas recaigan sobre otros. ¿Qué direis si os proporciono la entrada cuando el conde esté fuera de casa? ¿No podeis entre tanto robar el paquete llevándoos al mismo tiempo algunas alhajas? ¿No podeis herirme en el brazo ó en el pecho y no puedo yo despues referir algun cuento terrible de ladrones y ponderar mi resistencia? ¿No podemos hacer que recaigan las sospechas sobre el mismo Oswald? Y si con la muerte obtenemos el silencio de ese traidor, ¿quién há de poner en duda el cuento? Este plan no ofrece ningun inconveniente: yo os daré la llave del escritorio, y el lance será cosa de un mo-

mento. Montreuil al principio puso objeciones al proyecto; pero como he dicho, Desmarais estaba resuelto á no esponerse solo al peligro de hurtar el paquete; las circunstancias eran críticas y no era Montreuil de los hombres que huyen del riesgo cuando es preciso arrostrarlo. — Sea, dijo por último, aunque el plan está lleno de dificultades y peligros; no tenemos tiempo que perder; mañana puede el conde poner ese paquete en otro sitio mas seguro y que no conozcamos; por tanto se hará la cosa esta noche. Proporcióname la llave del escritorio y espérame. Entraré disfrazado en su cuarto y ejecutaré el acto que tú, el único que podias hacerlo á mansalva, no te atreves á ejecutar. Infórmame lo mas exactamente que puedas del sitio donde están las alhajas de que has hablado; me las llevaré tambien. Procura que si el

conde despierta no tenga armas á mano; hazte una herida en un sitio donde no sea peligrosa, y mañana ó una hora despues del lance, refieres el cuento que hayas forjado. Entre tanto voy á ver á Oswald; compraré su silencio y su inmediata ausencia de Inglaterra... ó morirá. La muerte que asegura nuestra propia vida es excusable segun todas las leyes divinas y humanas.

Esto les oí, pero ellos me juzgaban insensible y ya habian empezado á no ocultarse de mí para nada. Montreuil me vió y su semblante tomó una espresion de bondad que hasta entonces no habia tenido.—Lo sé todo, dije, observando que me miraba con compasion, lo sé todo, se han casado. Basta! con mi esperanza cesa mi amor: no hagais caso de mí.

Montreuil me abrazó y me habló con ternura. Me aseguró que tu boda se ha-

bia hecho tan en secreto, que no la habia sabido, ni tampoco Desmarais, hasta la víspera de la ceremonia, hasta el dia en que me habia propuesto visitar á Isora. No sé, ni me importa saberlo, si fué sincero en esto: su conducta era toda dolo y alevosía. Aparenté no hacer caso de su presencia ni de la de su cómplice: este se marchó primero, y Montreuil salió despues creyendo que nadie le veia; iba enmascarado y llevaba una gran capa que le disfrazaba completamente. Yo tambien salí, compré una máscara y una capa semejantes; y habiendo oido á Montreuil convenir con Desmarais en que la puerta de tu casa se quedase entornada para facilitar la fuga del primero, corrí allá y llegué á tiempo de ver entrar á Montreuil. Una idea, que probaba cierta astucia que hasta entonces yo no habia conocido en mí, atravesó de repente entre la tene-

brosa confusion de mi alma. Esperé un minuto hasta que presumí que Montreuil habia llegado á tu cuarto; entonces abrí la puerta y subí las escaleras. No encontré á nadie; la luz de la luna iluminaba todos los objetos que me rodeaban, y sus rayos me parecian otros tantos espectros cubiertos de sus mortajas, pálidos y que fijaban en mí sus ojos vidriosos. No sé como pude hallar tu cuarto, solo sé que fué el único en que entré. Víme en la misma alcoba con Isora y contigo; el rostro de Isora... ¡Oh Dios!... No sé mas... no sé mas de aquella noche de horror si no que huí de tu casa con las manos manchadas de sangre..... convertido en asesino, en el asesino de Isora.

Despues tuve un sueño largo, muy largo. Parecíame que estaba en un mar de sangre: el cielo era tambien de color sanguinolento, y una quieta y solitaria

estrella que brillaba á lo lejos con pálida y amortiguada luz era el único punto por cima y alrededor de mí que no estaba cubierto del mismo intolerable color. Mis párpados habian sido cortados como se dice que fueron los del cónsul romano, y no tenia nada que defendiese mis ojos de aquella purpúrea luz ni de las furiosas olas del sangriento mar. El aire, rojo tambien, penetraba hasta mi cerebro y le convertia en sangre; y la memoria, las imágenes, todas las ideas se me presentaban en forma material é igualmente de color de sangre. Todo estaba en silencio: solo se oian mis gemidos al adelantarme por aquel insensible Océano. Por último fijé los ojos, los ojos que no podia cerrar, en la pálida y única estrella; y despues de haberla estado mirando un rato, me pareció que iba cambiando poco á poco de aspecto hasta que

tomó las facciones de la joven muerta por mi mano ; despues se ocultó completamente y ya nada ví sino sangre.

Esta vision era interrumpida algunas veces por otras, pero siempre volvía á presentármeme ; y cuando al fin quedé completamente libre de ella me encontré en Italia en un convento. Montreuil se habia apresurado á sacarme de Inglaterra. Una vez , poco tiempo despues de mi restablecimiento , porque estuve loco muchos meses , me visitó y supo cuán desgraciado era. Se compadeció de mí ; y cuando le dije que ante todas cosas quería la libertad , salir de aquella triste morada y respirar el aire libre , me abrió las puertas del convento , me dió su bendicion y se despidió de mí.—Todo lo que exijo de vos , dijo , es una promesa. Si se tiene noticia de que vivís , sereis perseguido con averiguaciones y preguntas

que terminarán en el descubrimiento de vuestro crimen; por tanto es preciso esparcir en Inglaterra la voz de que habeis muerto. Consentid en esto y prometedme que nunca saldreis de Italia ni vereis á Morton Devereux.

Lo prometí, y he cumplido mi promesa, pero no prometí que no te revelaría por medio de una carta la negra historia que te acabo de contar. ¡Ojalá que llegue á tus manos! En estas inmediaciones hay uno que se ha encargado de ponerla en tu poder; dice que ha conocido la desgracia, y cuando lo dice su voz suena en mi oído como la tuya, y le miro, y pienso que sus facciones se parecian mucho á las tuyas; por eso me he fiado de él. Ahora ya te lo he dicho todo. He arrancado este secreto de mi corazón entre la agonía y el temor. Te lo he dicho todo, aunque ciertas cosas que creo son demonios han salido de todas

estas paredes que me rodean para impedirlo, aunque negras alas han girado alrededor de mí, y garras como las de un ave de rapiña han procurado rasgar el papel en que escribo, y ojos cuya luz no era terrenal se han fijado en mí, y voces burlonas y horribles carcajadas me han hecho temblar y han helado hasta la médula de mis huesos. Te lo he dicho todo; he concluido mi última tarea en este mando y ahora quiero descansar y morir.

AUBREY DEVEREUX.

El manuscrito se me cayó de las manos. Por mas dolorosas que fuesen mis sensaciones al leerle, no me detuve un momento, y desde la primera palabra hasta la última le recorrí sin haber pronunciado una sílaba ni hecho el menor movimiento. Despues me levanté, y aunque habia encontrado al hombre cuyas manos habian convertido para mí este

mundo en un insufrible desierto; aunque habia hallado al implacable enemigo, al impune asesino de Isora, al objeto de mi execracion y de mis deseos de venganza por espacio de largos años, su vista no me inspiró un solo movimiento de ira ni una sola idea vengativa. Pasé á su cabecera; estaba despierto, pero tranquilo y sereno; era aquella la tranquilidad y la calma de la naturaleza exhausta. Arrodilleme á su lado, le tomé la mano, y no me estremecí al tocarla, aunque aquella mano habia dado muerte á la mujer á quien mas amaba.

—Mírame Aubrey, dije luchando con las lágrimas que á pesar de mis esfuerzos se escapaban de mis ojos; mírame, todo está perdonado. ¿Quién no te perdonaría un crimen que ha sido tan terriblemente castigado en la tierra? Mírame Aubrey; soy tu hermano y te perdono. Tienes ra-

zon ; en mi niñez era yo duro y altivo ; si me hubieras temido menos , habrias confiado en mí , y no serías ahora tan desgraciado . No me temas ya . Mírame Aubrey , es Morton quien te llama . ¿Por qué no me hablas ? Hermano , hermano mio , una palabra , una sola palabra , te ruego .

Por un momento levantó Aubrey los ojos ; por un momento se encontraron sus miradas con las mias . Estremeciéronse sus labios ; oí el estertor de la muerte ; perdió el conocimiento y su mano se desprendió de la mia . Mis palabras habian roto la última cuerda de su vida . Gracias , Dios mio , porque estas palabras fueron palabras de perdon .

CAPITULO II.

En que la historia da un gran paso hácia la catástrofe final.—Mi vuelta á Inglaterra.—Visita á una devota.

Por la noche fué enterrado Aubrey Devereux con todas las ceremonias lúgubres y solemnes del culto católico. Después de enterrado mi hermano, no podía yo continuar por mas tiempo habitando las inmediaciones de la ermita; y así me despedí del abad, dejando una buena recompensa á su convento por la protección que habia concedido al anacoreta y por las misas que habian de decirse por su alma. Antes de separarme del padre Anselmo le pregunté si algun amigo del ermitaño le habia dirigido alguna comunicacion respecto al mismo ó á su familia durante el

tiempo de su retiro. El padre Anselmo despues de haber dudado un momento en responderme, confesó que un hombre, un francés al parecer de inferior clase, habia visitado varias veces el convento como para averiguar las costumbres y vida del anacoreta, diciéndose comisionado de sus parientes para saber de él de cuando en cuando ; pero que no habia dado señas ningunas por donde descubrir su paradero, aunque el padre Anselmo le habia insinuado varias veces la conveniencia de tener un punto á donde dirigir las noticias de cuanto ocurriese respecto al ermitaño. Añadió que este hombre habia estado hacia dos meses en el convento ; pero que uno de los frailes le habia visto en las inmediaciones de la fuente en el mismo dia de la muerte del solitario. Pór esta descripcion conocí que no era Montreuil el hombre de quien el

abad me hablaba ; pero supuse que sería algun confidente suyo.

Inmediatamente me trasladé á Roma donde hice muchas aunque secretas diligencias para averiguar el paradero de Montreuil, y al fin supe que vivia oculto, ó mas bien ignorado en Inglaterra bajo nombre supuesto, habiendo obtenido por influjo ó por dinero , sino un completo perdon, á lo menos una tácita tolerancia. No bien supe esta noticia resolví volver á Inglaterra. Crucé los Alpes, atravesé la Francia y me embarqué en Calais para Dover.

Dos objetos me proponia al volver á mi pais, la reconciliacion con un hermano que estaba inocente del crimen que yo le habia supuesto, y la venganza... no, no la venganza, sino la *justicia* contra el criminal que habia descubierto. En efecto, no me agitaba el deseo, el furioso

y cruel deseo de castigar á un enemigo personal ; era una resolucion tranquila, serena, inalterable la que llenaba mi corazon y daba fuerza á mi brazo para obtener justicia contra el crimen enorme y sistemático del infame que habia hecho la desgracia de todos cuantos con él habian estado en contacto. Sabe el cielo que no soy vengativo ; es verdad que he sido estremado en el odio así como en el amor ; pero siempre he tenido poder para dominar sus impulsos. Cuando estaba completamente persuadido del crimen de Gerald, contuve mi emocion y la encerré dentro del pecho , apesar del tormento y agonía que me causaba el resistir sus ímpetus, y deseché la voz de aquella sangre que gritaba desde la tierra contra el asesino, y cuyo desagravio solemne estaba encomendado á mis manos. Un año, y otro y otro, alimenté un deseo

inextinguible de venganza ; pero siempre supe moderarlo , y jamás lo puse en práctica. Perdoné á Aubrey llorando y con palabras de ternura, y mi perdon fué sincero. Su mano era la que habia cometido el asesinato; en su alma estaba la mancha de aquella sangre, que daba vida á la mas hermosa é inocente de las criaturas; y sin embargo dejé sin venganza el golpe y perdoné el crimen. Habia circunstancias que le atenuaban; tenia una triste, pero innegable, excusa. En la confesion que de un modo tan terrible habia aclarado el misterio de mi vida podian descubrirse, aun desde el primer albor de la existencia de Aubrey, las semillas de aquel vicio fatal, que desarrollándose despues le habia conducido á la locura. De aquel oculto veneno podian encontrarse señales en la fiebre de su temprana devocion, en sus celosos afectos, en la primera llama

de su malhadado amor, aun antes que empezase mi rivalidad. Aun despues de haber empezado esta, su crimen no era efecto de un sistema deliberado y frio; se manifestaba en impetuosos accesos, en parasismos de delirio; muchas veces fué dominado aunque débilmente; muchas veces fué vencido por el carácter tierno é inclinado al bien de mi hermano; y nunca hubiera llegado á producir sus últimos y terribles efectos, á no ser por la infernal instigacion y la atroz astucia de un hombre, que como Aubrey decia muy bien, podia amoldar á su voluntad la voluntad de la desgraciada víctima. A no ser por la maldita influencia de Montreuil ¿se hubiera cometido el crimen? Nunca; Aubrey mismo lo declara. Habia resuelto reprimir su amor: su corazon habia dado entrada á sentimientos mas suaves para conmigo y para con Isora;

habia gustado ya las dulzuras de una virtuosa resolucion y logrado vencer las primeras amarguras de una pasion sin esperanza. ¿Por qué no se llevó á efecto una resolucion bajo tan buenos auspicios comenzada? ¿Por qué el benéfico y saludable recuerdo del crimen de que acababa de librarse no le preservó de meditar un nuevo crimen? ¡Oh idea que aun en este momento mismo produces en mí una multitud de indecibles emociones! A no haber sido por aquella infernal influencia, el alma de Aubrey estaría pura de su crimen, é Isora viviría... y viviría á mi lado.

¿Qué extraño es que al ocurrírseme estos pensamientos, mis instintos, mis pasiones, mi razon, me inspirasen una resolucion firme é inmutable? Consideré como desde un elevado punto de vista toda la conducta de Montreuil: vile en

nuestra primera infancia, sin motivo particular, sin designio fijo que pudiera disculpar la dureza de su crimen, no solo fomentar las discusiones entre hermanos, no solo convertir un ardiente afecto y una pasion aun débil en odio y rencor, sino valerse del vicio dominante en nuestras almas, vicio que debia haber destruido, con el único fin de aprovecharse de él para dominarnos y amoldar nuestra conducta á su voluntad, para cuando una política insaciable y cruel nos reclamase como instrumentos de sus planes. Así se habia apoderado de la celosa pasion de Aubrey, y por medio de ella, y por medio de la supersticion le habia guiado por la senda de la desgracia y del crimen. Así valiéndose de la irresolucion moral de Gerald le habia hecho cómplice de sus proyectos, y excitando una animosidad infantil entre

él y yo, nos habia mantenido en un estado de mutuo aborrecimiento, cuyo solo recuerdo me hace estremecer; ya no me era difícil comprender que Montreuil hubiese representado á Gerald como insultos gratuitos y sin fundamento las sospechas que contra él tenia yo, sospechas que en otra circunstancia pudiera haber desvanecido; así evitó entre nosotros la franca esplicacion, que si no hubiera aclarado el misterio de mi dolor, á lo menos hubiera apartado de mi hermano la sospecha y de mí la animosidad y la irritacion que sentia contra él.

El delito de falsificacion del testamento y el ultrage hecho al difunto y á mí, eran en este tejido de crímenes una parte mínima en que apenas reparé. Consideré mas bien la infame astucia con que Aubrey habia sido complicado en el hecho; y á mi indignacion se juntaba una sensa-

cion de horror cuando veia á Montreuil esforzándose para conseguir el fraude, en escitar no solo una pasion criminal, sino el frenesí y la desesperacion de un loco. Sobre la paz, la felicidad, el honor, la virtud de toda una familia, valiéndose del fraude y del asesinato, habia marchado el jesuita directamente al logro del objeto de su ambicion, sin descansar un instante, sin un minuto de arrepentimiento.—Pero no habrá marchado siempre, dije apretando los puños hasta hundirme las uñas en la carne, no se dirá que ha marchado siempre desembarazado é impune.

¿Mas como obtener justicia? ¿Denunciándole ante un tribunal? ¿Haciendo públicos el deshonor de mi casa, la triste historia de mi difunto hermano, su crimen y su locura? ¿Entregando esta historia, juntamente con la del asesinato de

Isora como pasto á la curiosidad de insolentes murmuradores; haciéndola servir de tema á las burlas á las investigaciones, á la admiracion, á la piedad del tribunal, y á los comentarios vulgares del público? ¿Podia yo hacer esto? Sí, era tan inmutable la resolucion que habia tomado, que estaba pronto á someterme á esta humillacion si no se presentaba otro medio de alcanzar justicia. ¿Le habia? No podia contestar desde luego á esta pregunta. No formé plan ninguno, ó mas bien formé un ciento de ellos y los deseché todos; fijéme por último en una resolucion confusa, repentina, pero profética, á saber, que mi encuentro con Montreuil en cualquier sitio y de cualquier modo que fuese, sería la señal de muerte para uno de los dos. No me detuve á calcular cuándo ni cómo habia de dar el golpe; solamente admití el convencimiento firme y solemne

de que mi propia mano, armada bien con la espada de la ley, ó bien con la mia propia, habia de vengar las cenizas de los muertos y la agonía y el dolor del vivo. Luego que tomé esta determinacion dirigí mi pensamiento á objetos menos irritantes. Consideré con emocion la entrevista que iba á tener con Gerald y la reconciliacion que iba á terminar para siempre entre nosotros la enemistad que desde nuestras primeras y frívolas disputas habia reinado. Como una satisfaccion por las injustas sospechas que habia abrigado contra él resolví no reclamar mi herencia. Mis riquezas eran ya grandes y lo único que deseaba poseer de los estados hereditarios de Devereux eran las ruinas de la antigua casa y el monte bajo del parque que la rodeaba; no creia que Gerald tuviese dificultad en cedérmelos, y con el ardor natural de mi carácter formaba

ya mis planes de reconstruir el antiguo edificio, y pasar en la soledad el resto de mis dias.

Despues pensé en la misteriosa y repentina desaparicion de Oswald, desaparicion que ya era facil explicar, pues sin duda alguna Montreuil inmediatamente despues del asesinato le habia obligado ya con dinero, ya con amenazas, á guardar silencio y salir de Inglaterra; y cuando recordaba la impresion que aquel hombre habia hecho en mí, impresion no muy favorable á su honradez, me convenia de que Montreuil no habria tenido dificultad en conseguir su objeto por cualquiera de los dos medios. La fiebre y el delirio que me acometieron de resultas de las heridas y de la emocion de aquella noche, y el largo espacio de tiempo que por consiguiente hubo de pasar antes de que se dirigiesen las averiguaciones contra

Oswald le proporcionaron sin duda oportunidad bastante para ausentarse del país, y aun era probable que hubiese acompañado á Aubrey á Italia.

En seguida me detuve á considerar la razon que habia tenido Aubrey en decir que en iguales circunstancias yo hubiera sido tal vez igualmente criminal. Mis pasiones habian sido en efecto tan intensas é impetuosas como las suyas; y habia cierta terrible analogía entre el estado en que habia quedado mi alma y la situacion en que quedó la suya de resultas de los sucesos de aquella noche, desde la cual habia empezado para los dos una época de desgraciada existencia; si mi delirio habia sido pasajero y el suyo permanente, era porque las causas de nuestra enfermedad habian sido completamente diversas. El habia sido el criminal, yo el agraviado.

Estos pensamientos me ocurrían, mientras sentado sobre cubierta veía deslizarse rápidamente sobre las aguas el buque que me llevaba á mi país, después de tantos años de vicisitudes. ¡Cuán diferentes en la apariencia, y sin embargo cuán relacionados entre sí, habían sido los grandes acontecimientos de mi vida activa y aventurera! Mis relaciones con Bollingbroke, á quien hacía más de nueve años que no había visto, relaciones que al primer aspecto parecían no haber ejercido influencia sino en mi vida pública, habían contribuido poderosa y secretamente al resultado de muchos de los sucesos anteriores, y aun eran la causa de los pensamientos que en aquel instante se me venían á la imaginación, así como del objeto á que entonces aspiraba. A no ser por estas relaciones no hubiera sabido nunca la casa á donde se había retirado

D. Diego de Alvarez en su última enfermedad ; no se habria renovado mi amor á Isora ; y cualquiera que hubiese sido su suerte en el abandono y la pobreza , no habria sido tan desgraciada como en su union conmigo. A no ser por mi amistad con Bolingbroke no habria pasado á Francia ni granjeádome el favor del regente , ni la mala voluntad de Dubois , ni la proteccion y bondades del Czar : no hubiera sido embajador en la corte de,.... ni hubiera visto á Bezoni ni buscado un asilo para mi espíritu, cansado de la ostentacion y sediento de la verdad, en la falda de los Apeninos, ni leído aquel manuscrito cuyo recuerdo aun destrozaba mi corazon, escitaba mis movimientos y avivaba mis deseos. Así con vínculos invisibles pero fuertes, estaban unidos los honores y distinciones de mi vida política con las penas y aflicciones de mi vida privada;

y así en los licenciosos festines del regente de Francia, y en la fría ostentación de la corte de.... el torrente de los acontecimientos se había precipitado bajo mis pies, llevándome insensiblemente al punto desde el cual consideraba entonces mi vida pasada, y procuraba penetrar las sombras de mi vida futura.

Vientos contrarios nos detuvieron cuatro días en el canal. Por fin en la tarde del cuarto desembarcamos en Dover. A treinta millas de esta ciudad estaba situada la casa á donde se había retirado mi madre; resolví por tanto visitarla en su retiro antes de reconciliarme con Gerald, y de obtener justicia contra Montreuil; y al siguiente día me presenté á ella.

¡Qué contraste forma entre sí la vida de los seres humanos! Considerando que el principio y el fin de la carrera mortal

son en todos los mismos, ¡cuán maravillosamente variado es el intermedio! Unos como el alga corren de costa en costa atravesando mil vicisitudes siempre en lucha, siempre en empresas de distinto género y nunca reposando; otros como el liquen pegados á una pacífica roca, crecen, se desarrollan y mueren en un mismo sitio, sintiendo apenas una emoción, experimentando apenas un sacudimiento, poniendo apenas en acción las propiedades de su naturaleza.

En el cuadrado edificio de ladrillo á cuya puerta se detuvo mi carruage, reinaba una quietud y un silencio que me sorprendió creyendo hallar en ellos una reconvención contra los que buscan la paz del retiro con sensaciones opuestas al espíritu de aquel lugar. De un pequeño pórtico cubierto de yedra salió una anciana portera á responderme.

—La condesa Devereux, dijo, es la superiora de la sociedad (no le llamaban convento), y no suele recibir á nadie.

Insté de nuevo dando mi nombre y me introdujeron en un pequeño locutorio ; allí tambien todo respiraba tranquilidad: la parda madera que cubria las paredes, los grandes sillones, los pocos y antiguos retratos, el aspecto de deshabitada que tenia la estancia, todo parecia inspirar quietud, pero una quietud incómoda y triste. Por fin se presentó mi madre, yo corrí hácia ella recordando los dias de mi niñez, olvidando los años que habian pasado, los cambios que ella y yo habíamos experimentado, corrí á su encuentro y me arrojé en sus brazos. Mucho tardé en recobrar mi calma y en notar cuán frio fué el recibimiento que me hizo ; pero al fin lo noté y entonces se heló mi entusiasmo.

Nos sentamos, y estuvimos hablando largo tiempo; pero nuestra conversacion fué como la de dos conocidos que no tienen íntimas ni estrechas relaciones (porque no necesito añadir que no le dije nada de mi encuentro con Aubrey, ni la desengañé respecto á la fecha de su muerte). Todas las monjas que yo habia visto hasta entonces, aun las que parecian mas contentas con su estado, gustaban de hablar del mundo exterior y manifestaban interés en sus acontecimientos; solamente para mi madre los objetos y los intereses mundanos habian muerto completamente. Manifestó poca sorpresa al verme, y menos al notar la alteracion de mis facciones; dijo solamente que mi aspecto habia mejorado y que la recordaba á mi padre; pero no manifestó deseos de oirme contar mis viajes y aventuras, ni tampoco de hablar de sí misma;

me describió la vida de un solo día y despues me dijo que así se habian pasado diez años. Una toca ceñida cubria los rizos por cuya abundancia y dorado matiz habia sido en otro tiempo celebrada; porque en aquel retiro no habia tenido que cortárselos como hubiera sucedido en un convento de monjas ; su traje era sencillo y sin adornos y esta alteracion era la única que se advertia en su persona ; la tranquilidad de su vida parecia haber detenido hasta la marcha del tiempo ; sus megillas aun se ostentaban sonrosadas y sin arrugas ; su boca no se habia hundido y sus demas facciones eran aun intachables ; sin embargo , todo su aspecto respiraba mas profunda quietud que antes, y como si su alma se hubiese quedado dormida, ni su rostro , ni su voz , ni sus ademanes, tenian vida ni espresion. La impresion que producía es la que produce

un cuarto donde se entra por primera vez despues de haber estado deshabitado un siglo. Consintió en que permaneciese con ella todo el dia segun se lo pedí, mandó que se me dispusiera una cama y al dia siguiente al salir el sol, despues de haberme abrazado fria y ceremoniosamente nos separamos, tomando yo el camino de Londres.

CAPITULO III.

Retiro de un hombre célebre.—Visita á un gran poeta.

Luego que llegué á la capital, me dirigí á casa de mi hermano, casa que no tuve dificultad en encontrar porque en mi juventud habia sido residencia del duque de** ; la magnificencia y estension de aquel palacio me sorprendió en extremo, no obstante que sabia cuán inmensa renta producian las haciendas de Devereux. Mucho me digustó saber que Gerald habia salido de Londres el dia antes de mi llegada, con el objeto de hacer una visita á un noble muy relacionado con nuestra familia y que residia en la misma provincia en que las po-

sesiones de Devereux radicaban. Supe tambien que desde que el incendio habia destruido toda la antigua casa, escepto la torre que yo habia considerado siempre como esclusivamente mia, Gerald siempre que visitaba sus estados, establecia su residencia en casa de uno ú otro de sus vecinos; resolví por tanto presentarme en casa de lord***. Mi viaje se detuvo un dia ó dos, por haber visto á la puerta de la fonda, á donde me dirigí desde la casa de Gerald, al criado favorito de lord Bolingbroke. Esta circunstancia reanimó en mí la antigua adhesion á aquel personaje; y sabiendo que vivia en una casa de campo, á cuatro millas de Londres, resolví visitarle á la mañana siguiente. No me movia solamente á esto el deseo de tener una entrevista con un hombre, cuyo genio brillante y deslumbrador habia admirado, y cuyas

cartas (porque durante los años que estuvimos separados me escribió muchas veces), manifestaban la misma saciedad de triunfos y de goces de ambicion, que me habian desengañado á mí algun tanto de tan frivolos objetos; no me movia tampoco esclusivamente el ansia de hablar en el retiro con el que habia sido el oráculo de los hombres de estado y el orgullo de las córtes; ni era el único motivo de mi visita mi afecto á aquel hombre y mi deseo de abrazarle de nuevo; otro motivo mucho mas interesante y egoista me inducia á presentarme en casa de Bolingbreke, cuyo conocimiento de los hombres y de los diversos destinos en que cada uno puede ser útil era tan notable, y que aun en su retiro podia tener noticia de la morada de aquel inquieto é intrigante eclesiástico que le habia servido en otro tiempo de instrumento y á

quien yo quería á toda costa descubrir y castigar.

Cuando se detuvo mi carruaje á la puerta de lord Bolingbroke me dijo el criado que su amo se hallaba en su heredad. ¡Heredad! ¡Cuán extraño sonido tenia para mí esta palabra unida al nombre de una persona tan brillante y activa. Dige al criado que me dirigiese al sitio donde podria encontrarle, y habiéndome dado las señas procedí solo en su busca. Estábamos á últimos de otoño; el dia era claro, sereno, templado como la declinacion de un genio vigoroso. Atravesé lentamente un campo cubierto de doradas espigas, y al entrar en otro ví á la persona á quien buscaba. Acababa al parecer de dar varias órdenes á un hombre vestido en traje de labrador, y separándose de él se dirigia hacia mí con los ojos inclinados al suelo. Noté cuan lento

é igual era aquel paso que en otro tiempo, magestuoso, rápido é irregular, anunciaba su altivo é indómito carácter. Deteniáse muchas veces como absorto en sus pensamientos, y observé que una de ellas estuvo parado largo rato mirando atentamente al suelo. Despues (cuando nos reunimos) pasamos juntos por aquel sitio, y observé con secreta sonrisa, que contenia uno de esos pequeños mundos en que habita la afanosa y crecida grey de cierta raza de insectos, que ha sido citada como burla y como modelo del estado social del hombre. No era difícil adivinar por esto de qué naturaleza eran las reflexiones que hacia en aquel momento lord Bolingbroke.

No me vió hasta que estuve junto á él y le llamé por su nombre; ni al principio me reconoció porque mi traje era extranjero, y mi labio superior estaba

cubierto de un espeso bigote; tambien los años, como he dicho antes, habian alterado mucho mis facciones. Me recibió con toda la cordialidad que yo habia previsto. Apoyéme en su brazo y nos estuvimos paseando algunas horas, hablando de todo lo que habia ocurrido desde nuestra separacion, y renovando nuestra mutua amistad.

— ¡Cuán diferentes, me dijo, eran nuestras esperanzas y los objetos á que aspiráramos la última vez que nos vimos! Vos parecia que ocupábais un terreno mas elevado; pero era una eminencia artificial, y el terreno en que yo estaba, aunque mas bajo y menos halagüeno, era mas seguro. Acababa de ser destituido por un príncipe ingrato y mal aconsejado; me habia retirado ya con solo el honor que resulta de la fortaleza en la desgracia, siendo mi único adulator la esperanza de encon-

trar un compañero y un mentor en mí mismo. Vos, amigo mio, os separásteis de mí con todas las ilusiones de la vida: dejabais el favor de una corte para encontrar honores y riquezas en otra. Cerca de diez años han pasado desde entonces; mi situacion ha cambiado muy poco; es verdad que he vuelto á mi pais natal, pero he vuelto para continuar tan apartado de toda ambicion y actividad política, como lo estaba en el lugar de mi destierro. Mi esfera de accion todavia está cerrada para mí; mi alma está todavia desterrada (1). Vos volveis jóven todavia, pero lleno de triunfos. ¿Os han proporcionado la felicidad, Devereux, ó envidiais mi estado tranquilo?

(1) No necesito recordar al lector que lord Bolingbroke, aunque recibió un completo perdon, no obtuvo permiso para volver á ocupar su puesto en la cámara de los lores.

—¡Ah! dije, ¿quién puede sostener un exámen detenido de sus afectos bajo la máscara que les cubre? No me habéis de mí. Los afortunados no deben hablar de cosas tristes; reservo dentro de mi pecho todas mis aflicciones para cuando llegue el caso de que me deis consuelos y consejos. Ahora habladme de vos: ¿Con que sois feliz?

—Lo soy, dijo Bolingbroke con énfasis. La vida me parece que posee dos tesoros, uno brillante y perecedero, otro mas oscuro pero de mas sólido valor: el uno es el poder, el otro la virtud; y hay entre los dos esta principal diferencia, que el poder nos le dan como un *préstamo* que siempre tenemos que devolver y á veces pagando terribles intereses, la virtud la obtenemos como una *dáviva* que una vez adquirida solo podemos perder por nuestra propia culpa. En mi juventud me

halagó el primero y de aquí proceden mis errores y mis desgracias. En los últimos años de mi vida he buscado la última, y de aquí vienen mi fortuna y mi consuelo. Pero todavía no habeis visto mi casa con todos sus atractivos, añadió Bolingbroke con una sonrisa que me recordó sus antiguos tiempos: quiero enseñárosla. Y nos encaminamos á su casa.

Mientras nos dirigíamos á ella, fuí observando á Bolingbroke, y me admiró ver lo poco sensible que era el cambio que habia experimentado. Ciertamente diez años habian dejado grandes huellas en sus magestuosas formas, y en la belleza todavía sin rival de sus nobles facciones; pero sus modales habian ganado todo lo que las formas habian perdido. En sus días de mas bulliciosa grandeza, las brillantes alternativas de chiste y gravedad en que se complacia, tenian algo de arti-

ficiales y de inconstantes. Le habia gustado demasiado dar á una conversacion séria un repentino giro que la convertia en jocosa; habia empleado demasiada afectacion en reunir lo serio con lo alegre, los negocios con los placeres; y á no ser por lo culto de sus modales, esto hubiera rebajado su dignidad. Pero ya todo era en él sereno, tranquilo y sincero; aun en su melancolía habia cierta especie de ternura; y si aun existia alguna afectacion de clasicismo, era mas noble y menos notable. Su alma conservando mucho de su antigua forma, se habia hermoñado y elevado con la adversidad, y si no estaba completamente exenta de sus primeras fragilidades, habia adquirido en cambio mil nuevas virtudes con que compensarlas.

—Aquí teneis, dijo mi compañero señalando las paredes del salon en que ha-

bíamos entrado , el objeto que ahora mas ocupa mi atencion. Estoy meditando como hacer que este salon indique lo mas claramente posible las actuales ocupaciones de su dueño. Ya veis que el deseo de mejorar, de crear y de asociar la mejora y la creacion con nosotros mismos sigue á los desterrados hasta su retiro. Estoy pensando en pintar en estas paredes los atributos de la agricultura , y por medio de pinturas de azadas y arados, manifestar mi actual empleo y anunciar lo satisfecho que estoy de él.

—Confesad, dige sonriéndome, que Cincinato es mejor modelo que Aristipo. Pero si los senadores viniesen á ofreceros el poder ¿os asemejariais al romano no solo en ser hallado arando sino en vuestra repugnancia á dejar el arado y vuestra impaciencia por volver á tomarlo?

—¿Que he de deciros? contestó Boling-

broke. ¿Os admirareis de que diga que no? No debemos jactarnos de despreciar el poder, cuando podemos ser útiles á los demas, sino de vivir contentos sin él. Este es el fin de mi filosofía. Pero voy á presentaros á una persona á quien aprecio mas que aprecié al poder en ningun tiempo.

Dijo y abriendo la puerta de un gabinete inmediato, me presentó á una señora con quien habia encontrado la felicidad doméstica que le fuera negada en su primer matrimonio. Era sobrina de Mme. de Maintenon y poseia todo el talento de su tia y superior belleza. Tenia salud delicada pero gran viveza, y su conversacion era precisamente lo que debe ser la conversacion de una mujer que brilla sin procurarlo.

El asunto que yo traia entre manos no me permitia detenerme mas de dos

dias con Bolingbroke ; así se lo anuncié desde luego para que no me llevase á ver sus tierras. Es singular , que no siendo yo completamente ignorante en materias de agricultura cuando se trata de ellas en una grande escala legislativa , lo sea tanto cuando tengo que considerarlas en pequeño ; tengo en verdad un odio antifilosófico á la cebada y á la avena consideradas á tanto por saco.

—Pues bien, dijo mi huésped despues de haber procurado en vano que le prometiese detenerme por mas tiempo , si no podeis concedernos mas que dos dias, voy á escribir una carta de excusas á un gran hombre con quien estaba convidado á comer hoy; y sino fuera contra las leyes de la hospitalidad , tendria gusto en llevaros á su casa ; porque confieso que deseo que veais á mis compañeros y sepais que si todavia consulto los

oráculos es menos por la fortuna que pueden predecirme, que por oír las inspiraciones del Dios.

—¡Ah! dijo lady Bolingbroke en francés, ya sé á quien aludís. Dadle expresiones mías, y decidle que cuando venga á visitarnos nombraremos seis *dames du palais* para recibirle y agasajarle.

Yo insistí en acompañar á Bolingbroke á la casa de un ser tan afortunado y él consintió en ello con fingida repugnancia pero con evidente satisfacción.

—¿Y quién es, dije á lady Bolingbroke, el feliz mortal que merece tanto respeto?

Lady Bolingbroke respondió riéndose, que nada era más agradable que la incertidumbre y que sería una crueldad privarme de un placer como aquel; la conversacion tomó despues un giro tan animado que no observé que Bolingbroke no estaba presente hasta mucho tiempo desq

pues que habia salido del gabinete. Entonces aproveché la ocasion para decir que me alegraba de verle tan feliz y de que tuviese tan justo motivo de felicidad.—Creedme, añadí, he conocido á Bolingbroke en el cenit de su fortuna; pero nunca le he creido tan digno de felicitaciones como ahora.

—¿Esa lisonja es á él ó á mí? dijo lady Bolingbroke sonriéndose.

—*Detur digniori*, contesté yo; pero á lo menos me confesareis, que aunque es muy bueno poseer todo lo que puede dar el mundo, es mejor conseguir algo de lo que el mundo no puede quitar.

—¡Tambien vos sois filósofo! exclamó lady Bolingbroke con viveza. ¡Ah pobre de mí! En mi juventud me tuvieron en un claustro (1), y mis últimos años los

(1) Recibió su educacion en Saint Cyr,

paso en una academia. No podeis formaros idea, monsieur Devereux, del número de rostros graves y profundas máximas que aquí tenemos; pues todos los que vienen á visitar á mi marido creen necesario citar á Ciceron y hablar de la soledad como si fuera el cielo. *¡Les pauvres bonnes gens!* no deja de causarles sorpresa cuando Enrique les recibe sonriéndose, les manda traducir latin, les dá buen vino y les vuelve á enviar á Londres con caras doble mas largas que las que trageron. *Mais voici Monsieur le fermier philosophe.*

Y habiendo entrado Bolingbroke me despedí de su amable é interesante esposa y tomé asiento en su carruage.

Entonces me instó para que le digese las razones que me impedian detenerme mas tiempo en su compañía; pero yo juzgando que mi narracion sería mas oportuna despues de la escursion de aquel

dia, le supliqué me permitiese diferirla hasta la noche y mudé en seguida de conversacion.

—Mi mas asiduo compañero, dijo Bolingbroke despues de haberme descrito su método de vida, es el hombre que vais á visitar: tiene sus fragilidades y achaques, y al decir esto no digo ninguna cosa que sea extraordinaria; pero es inteligente, pensador, generoso y amable; añadid á estas cualidades un brillante talento, y un genio profundo si no sublime, y no extrañareis que olvidemos la vanidad y el mal humor que muestra algunas veces, efectos mas bien del cuerpo que del alma; lo singular es que con un cuerpo víctima desde la cuna de toda clase de enfermedades, no sea mayor el número de sus flaquezas, y no se limiten sus cuidados y atenciones á su sola persona, pues los enfermos son casi por necesidad egois-

tas: gran benevolencia debe tener el hombre que guarda siempre algo de caridad, de blandura, para los demas cuando se halla en un estado perpetuo de enfermedad y de dolor. Si un hombre de este gran carácter es mi principal compañero, mi mejor corresponsal no es menos distinguido; en una palabra, para no teneros mas en suspenso, Pope es mi compañero y Swift mi corresponsal.

—Sois afortunado, dije, pero tambien lo son ellos. En vuestra última carta me hablabais del honroso destierro de Swift en Irlanda. ¿Está contento en él?

—Nada de eso. La pérdida de sus esperanzas le enciende la sangre. En una de sus cartas contaba, que estando un dia pescando cuando era muchacho vió que habia cogido en el anzuelo un gran pez, pero cuando ya le habia sacado casi hasta la orilla se le volvió á caer en el agua; y

dice que este chasco le tiene todavia de mal humor porque cree que fué señal de los que despues ha llevado: es admirable la repugnancia con que un alma activa mira el descanso.

—¿Y por qué el retiro ha de ser descanso? ¿No os acordais de la primera conversacion que tuvimos, hablando de Cowley? Tened presente con cuanta justicia y sublimidad ha dicho Cowley:—
«La meditacion es lo que distingue la soledad de un Dios de la de una fiera.»

—Muy bien dicho, contestó Bolingbroke: pero Swift no nació para la meditacion, sino para la accion, no para tiempos tranquilos, sino para tiempos de turbulencias. Deja de ser grande tan pronto como deja de estar en actividad; y tiene tal facilidad de irritarse, que muchas veces le he comparado con el padre Cyran; el cual, queriendo un dia tirar

varias cáscaras de nuez por la ventana, é impidiéndoselo constantemente las barras de hierro que la cerraban, exclamaba fuera de sí de furor : « Parece que la Providencia se complace en frustrar todos mis designios. »

En esta conversacion pasamos el tiempo hasta que llegamos á la casa de campo de Pope.

Encontramos al poeta en su estudio envuelto en una gran bata , y cubierto con un gorro de terciopelo, segun algunos retratos le representan. Recibió á Bolingbroke con muestras de grande amistad, y hallándose, segun dijo , mas aliviado de salud que habia estado mucho tiempo, manifestó grande empeño en llevarnos á su gruta. Es muy comun entre los poetas envanecerse de todo lo que pertenece á sus casas ; y tal vez para un hombre sensible, hay pocas cosas mas agradables

qué condescender con las pequeñas debilidades de aquellos á quienes admira. Sentámonos en un templete construido enteramente de conchas, desde el cual se oia el murmullo de un cristalino arroyuelo que corria bajo una serie de arcos formados de árboles, cuyas hojas caian á tierra al mas ligero soplo del aire de otoño. Desde allí se veian tambien las bareas del rio pasar y desaparecer, como los cuidados pasan por el límpido cristal del alma del sabio, sin empañarle en lo mas mínimo. No sé si á un genio creador le hubiera parecido indigno de sí aquel sitio, pero es cierto que recordaba el amado retiro de los poetas romanos.

—¿Quereis, dijo Pope, darme una buena inscripcion para mi fuente y mi gruta? La única que recuerdo es muy comun, y sin embargo, temo que

me ha de gustar mas que ninguna.

Hujus Ninpha loci , sacri custodia fontis
 Dormio dum blandæ sentio murmur aquæ;
 Parce meum, quisquis tanges cava marmora, somnum
 Rumpere ; sive bibas , sive lavère, tace.

—Mejor que esa no podremos hallarla, dijo Bolingbroke , aunque ya sabeis que yo entiendo de estas cosas. ¿Pero qué noticias teneis de Gay? ¿Es ya mas prudente?

—Nada de eso ; continúa siendo víctima de la *spes crédula* ; siempre hablando de comprar una renta para vivir independiente y siempre gastando todo lo que gana para parecer generoso.

—¡Pobre Gay! es un ejemplo de la comun imprevision de los poetas , al paso que vos sois una escepcion. Observad, Devereux , la inconsecuencia de la economía de Pope: envió una vez varias li-

bras de fruta á unas señoras con un billete en estos términos : «Tened cuidado con el papel en que van envueltas esas manzanas y volvédmele íntegro porque es lo único que tengo de una parte de la Iliada.» Ya veis que al paso que economiza su papel se expone á perder su poesía épica.

Pope , á quien envanecía toda alusion á su desprecio de la fama , se sonrió ligeramente y dijo. ¿Qué hombre se ha aprovechado jamás de las lecciones de sus amigos? ¿Cuántas máximas no ha pretendido inculcarnos el buen dean de San Patrick? ¿Cuánto no nos ha censurado la falta de prudencia y nuestra afición á comer bien? Para responder á sus cargos sobre este punto he de referirle la contestacion del cortesano sabio al ignorante.

—¿Cual fué? preguntó Bolingbroke.

—El ignorante vió al sabio eligiendo los platos mas delicados de la mesa.— ¿Cómo es que los sabios son tan epicúreos? dijo con risa sardónica.

—¿Creeis, caballero, contestó el sabio, que Dios ha criado los buenos manjares solo para los necios?

Así pasó la mañana hasta la hora de comer; despues se sirvió la comida con una elegancia y un lujo que raras veces los hijos de Apolo tienen á su disposicion. Por la noche nos separamos y Bolingbroke y yo volvimos á Dawley.

En el camino pregunté á Bolingbroke respecto á Montreuil, y como habia previsto ví que podia darme algunas noticias de este archi-intrigante. El dinero de Gerald y su influencia hereditaria hacian que se tolerase la residencia del jesuita en Inglaterra, el cual por algunos años habia vivido retirado, tranquilo

y sin ofender á nadie.—Sin embargo, últimamente, añadió Bolingbroke, he sabido que se ha despertado en él su antiguo espíritu de intriga, y hace tres dias, hablando con una persona bien informada de estas cosas, oí que el gobierno habia descubierto no sé qué plan en que Montreuil se hallaba complicado; creo que le prenderán dentro de pocos dias.

—¿Y dónde está escondido?

—Últimamente le vieron á las inmediaciones de la quinta de Devereux y es probable que allí continúe.

Estas noticias me hicieron tomar la resolucion de dejar á Dawley antes de lo que habia pensado, y manifesté á lord Bolingbroke mi intencion de marchar al amanecer del dia siguiente. En vano trató de oponerse á ello; no quise dilatar mi entrevista con Gerald, cuya cooperacion deseaba, temiendo que Montreuil, sabe-

dor del riesgo que corria , se librase de mi venganza buscando algun asilo impenetrable. Me despedí pues de mi huesped aquella noche y mandé disponer el carruaje para la mañana siguiente al amanecer.

CAPITULO IV.

Se acerca el desenlace.

Aunque los pormenores de mi último capítulo han retardado un tanto los progresos del desenlace en que este tomo ha de terminar, creo que el lector no sentirá haberse detenido en una escena en que despues de largos años de destierro y de activas empresas ha podido contemplar el asilo que la fortuna habia prparado al carácter mas extraordinario con que he adornado estas páginas.

Aun no habia amanecido cuando me puse en camino. Todas las puertas de la casa estaban aun cerradas; la blanquecina niebla que se elevaba lentamente de la tierra; el ganado recogido bajo los ár-

boles ; el aire lijero y frio de la mañana, el silencio de los dormidos pajarillos, todo daba á la escena una espresion indefinible de calma y tranquilidad. Los caballos subieron pausadamente una pequeña eminencia, desde la cual por la ventanilla de mi carruaje contemplé el pacífico retiro que acababa de dejar. Al contemplarlo suspiré, y una dolorosa sensacion unida al recuerdo de Isora hizo estremecer mi corazon. Ningun hombre de los que viven felices en este mundo social, puede adivinar la envidia con que un viajero errante como yo, sin vínculos que le unan á la tierra y para quien ha pasado el entusiasmo inconstante de la juventud, mira aquellos asilos pacíficos en que el hombre atesora los goces de todos los vínculos domésticos, los deleites del tranquilo hogar, la sonrisa de la infancia y mas que todo las miradas que

como límpido espejo reflejan nuestros mas puros, nuestros mas tiernos, nuestros mas secretos pensamientos; ¡oh! los que poseen estos goces, no saben cuan triste es la vida para los que no los tienen.

No habia caminado muchas horas cuando en el punto mas solitario del camino, mi carruaje, que habia venido de Roma sin accidente, se rompió. Los postillones me dijeron que á cosa de una milla de aquel sitio habia un ventorrillo: me dirigí á él, envié á buscar á un herrero y supe que la composicion del carruaje era asunto de muchas horas. En la venta no habia ni una silla de postas; pero el ventero que poseia un feudo franco, y era ademas cazador, me ponderó la hermosura y viveza de un caballo suyo que, segun dijo, era digno de un emperador ó de un salteador de caminos. La dilacion me tenia demasiado impa-

ciente para no aprovecharme de la oferta. Dí á mi huesped lo que me pidió por el alquiler de su cabalgadura, trasladé mis pistolas á las inmensas pistole-
ras que adornaban el alto arzon de la silla, y una hora despues del accidente del carruaje volví á ponerme en camino.

Empezaba á cerrar la noche, cuando advertí que llevaba un compañero de viaje. Iba como yo á caballo; llevaba una capa corta de color ceniciento oscuro, una larga peluca negra y un sombrero de alas anchas, que cayéndole sobre el rostro, conspiraban con la oscuridad á impedirme ver sus facciones. Dos ó tres veces pasó junto á mí, y siempre saludándome como si quisiese entablar conversacion, pero yo no soy muy inclinado á hablar con jente que no conozco y entonces me hallaba mucho menos dispuesto que nunca á hacerlo. Contesté por

tanto con brevedad al saludo del viajero y me aparté de él bruscamente. Al fin cuando se acercó á mí por cuarta vez, al recibir su cuarto saludo noté que su voz no me era desconocida. Observéle con mas atencion y le contesté con mas cortesia, lo cual le animó á decirme:

—Vuestro caballo, señor gentil hombre, es muy bueno pero me parece que está cansado; sin duda habeis caminado todo el dia.

—Si señor; pero la poblacion donde he de pasar la noche no dista de aquí mas que cuatro millas.

—¡Hum!... ¡ah!... ¿dormireis en D...? dijo mi compañero de viaje.

Ocurrióme una sospecha: entrábamos á la sazón en un camino muy solitario y notoriamente infestado de bandidos; y presumí que mi compañero podría haberme hecho la pregunta con intencion

siniestra. Miré á mis pistoleras y sacando una de las pistolas examiné el cebo y la volví á poner en su sitio. El desconocido notó el movimiento y se retiró con timidez al otro lado del camino.

—Vais bien armado, caballero, dijo despues de un rato de silencio.

—Es precaucion necesaria, amigo mio, respondí con gravedad, cuando se camina por parajes no frecuentados y en compañía de jentes que no tiene uno la dicha de conocer.

—¡Hem, hem!... ¡*Parbleu, Monsieur le Comte!* aludís á mí; pero os aseguro que no es esta la primera vez que nos vemos.

—¡Hola! dije acercándome á mi compañero, ¿luego me conocéis y nos hemos visto otra vez? Creo reconocer vuestra voz, pero no recuerdo donde la he oido.

—¡Oh señor conde! nos conocimos por

casualidad, y ya veis que por casualidad tambien nos volvemos á encontrar. Pero veo que os molesto, y que quereis viajar solo. A Dios conde; os deseo buena noche en la posada.

—No os ireis así, dije poniéndole la mano en el hombro; ya os conozco y doy gracias á la Providencia por haberos encontrado. María Oswald, no nos separaremos tan pronto.

—Como gustéis, señor mio, como gustéis. Pero *morbleu*, *monsieur le Comte!* quitadme la mano del hombro; soy nervioso, vuestras pistolas están cargadas, y vos tal vez estais irritado. Os aseguro que no tengo el menor deseo de separarme de vos, pues he estado espianoando vuestros movimientos hace dos dias, para proporecionarle el honor de esta entrevista.

—¿De veras? vuestro desco de hablar conmigo, nos libra á los dos de un con-

flicto. Creo que podreis servirme eficazmente; y si lo haceis encontrareis en mí una persona agradecida y generosa.

—Es demasiada bondad, dijo Oswald con aire mucho mas respetuoso que hasta entonces. Pero lleguemos á la posada, y allí tendré la satisfaccion de recibir vuestras órdenes. Esto diciendo, Oswald picó de espuela y me instó á que hiciese lo mismo.

—Pero decidme, le pregunté mientras caminábamos con lijereza, ¿por qué deseábais encontrarme, despues de haberme abandonado tan cruelmente?

—¡Oh *parbleu!*... perdonad, no fui yo quien os abandonó; me ví obligado á huir, á elegir entre la muerte por un lado, y la seguridad, dinero y una plaza en el Instituto de Italia por otro. ¿Qué habia de hacer? Vos estábais enfermo en cama, con pocas probabilidades de res-

tablecimiento, incapaz de protegerme de aquel peligro, y en una situacion en que acaso no volveriais á necesitar de mis servicios. ¡*Oh monsieur le Comte!*, no fué abandono... esa es cruel palabra... fué prudencia y deseo de conservar el individuo.

—Muy bien, dije con aire complaciente; veo que sabeis aplicar las palabras mejor que yo. ¿Y cuánto tiempo hace que habeis vuelto á Inglaterra?

—Pocas semanas. Estaba en Londres cuando llegásteis; supe vuestra llegada é inmediatamente pasé á veros, pero habiais marchado á visitar á lord Bolingbroke. Os seguí, saliais de Dawley cuando yo llegaba; me informé del camino que habiais tomado, y vine en vuestro seguimiento. ¡*Parbleu y morbleu*, os encuentro, y me tomais por un ladrón!

—Perdonad mi error: los mas pers-

picaces están espuestos á cometer semejantes equivocaciones, y los mas inocentes á ser víctimas de ellas. ¿Con que es decir que Montreuil os *persuadió* de que os convenia salir de Inglaterra? ¿Os ha aconsejado tambien que volvais?

—No, el Instituto me encomendó algunos mensajes para él y para otros. Pero ya estamos cerca de la ciudad, señor conde; dejemos la conversacion para luego.

Entramos en D..., entregamos los caballos al mozo de la posada y pedimos un cuarto; Oswald pidió tambien vino, y entonces este virtuoso sugeto comenzó sus esplicaciones. Anhelaba yo saber si Gerald tenia noticia del fraude por cuyo medio habia entrado en posesion de los bienes de Devereux; y hallé que por Desmarais habia llegado á conocimiento de Oswald, todo lo que á Gerald le habia ocurrido desde la salida de María de In-

glaterra. Supe pues por él, que durante el tiempo que medió entre la muerte de mi tío y mi partida para Francia, Gerald estuvo completamente ignorante del fraude. Creía que realmente mi tío había modificado sus intenciones respecto á mí; y el pleito que le puse, y mis procederres violentos para con él, solo habían escitado su indignacion. Durante aquel tiempo, vivió retirado en el campo, ocupado en los ejercicios rústicos á que tan aficionado era, y mezclándose secreta pero profundamente en las intrigas políticas de Montreuil, el cual no le empleó sino tomando de sus cofres las cantidades que necesitaba para sus proyectos. La muerte de Isora, y la confusa historia del documento que me diera Oswald se los había interpretado Montreuil, con arreglo á la interpretacion que les daba el vulgo, es decir, haciendo recaer las

sospechas sobre Oswald, suponiendo á este un ladrón de profesion, que se habia aprovechado de mi credulidad para introducirse en mi casa y robarme, y que al despertar yo, y al tratar de impedir su propósito, habia ocasionado en su propia defensa las heridas que produjeron mi delirio y la muerte de Isora. Esto era lo que Gerald creia todavia. Cuando ocurrieron los sucesos de 1715, el gobierno sabedor de las intrigas de Gerald, se anticipó á sus intentos de unirse á los rebeldes, reduciéndole á prision; no se le probó acto alguno de abierta rebelion, y no queriendo el gobierno adoptar medidas violentas contra un jóven, jefe de una casa poderosa y relacionada con mas de treinta de la nobleza hereditaria inglesa, fué absuelto poco antes de que lo fuesen Sir William Windham y algunos otros torys sospechosos.

Antes de que estallase esta rebelion, la víspera de la salida de Montreuil para Escocia, llamó el jesuita á Desmarais, á quien el lector recordará que yo habia despedido, y le dijo, que en recompensa de sus servicios habia obtenido para él en casa de Gerald el mismo empleo que ocupaba en mi casa. Poco despues de terminada la rebelion, la quinta de Devereux fué destruida por un incendio casual; y Montreuil, que habia ido allí disfrazado con el objeto de renovar sus ataques á los cofres de mi hermano (ataques en que Gerald consentia de muy mala gana, y haciendo propósito firme de no volver á mezclarse en intrigas políticas), le aconsejó que se trasladase á Londres, y que para no dar sospechas al gobierno tomase parte en las diversiones de la corte. Gerald consintió en ello fácilmente; pues si bien estaba convencido de que los

placeres de la capital no podían compararse con los del campo, le gustaba la mudanza de vida; y destruida la quinta de Devereux, la idea sola de reedificar tan inmenso edificio le estremecía. Antes que dejase la antigua torre (mi torre), que fué la única que se salvó de las llamas, y en la cual se había acomodado á vivir solo, mas bien que abandonar un sitio donde había tan buena caza, Montreuil dijo á Desmarais:—Este ingrato señorito de aldea se vá ya haciendo el pobre; por tanto es preciso que sepa lo que nosotros sabemos, lo cual será el único medio de tenerle seguro; mas aguardemos un poco para decírselo, aguardemos que el lujo y diversiones de la corte le hayan hecho amar las riquezas, y nos deen oportunidad para descubrirle el secreto. Despues dió instrucciones á Desmarais para que hiciese que Gerald (en quien

un criado tan artificioso como Desma-rais, fácilmente podia adquirir influencia), se abandonára á todos los excesos y á todos los placeres, ó á lo menos á aquellos de que un caballero pudiera gozar sin rebajarse. Gerald se trasladó á Londres, y en breve llegó á ser lo que Montreuil deseaba.

Montreuil volvió á Inglaterra; su gran proyecto, el proyecto de Alberoni se habia frustrado. Desterrado de Francia y de España, y no permitiéndosele la entrada en Italia, deseaba obtener un asilo en Inglaterra hasta que pudiese negociar su vuelta á París. Para el primero de estos objetos (el asilo), se necesitaba influjo; para el segundo (la negociacion), se necesitaba dinero. Vino pues á pedir ambas cosas á Gerald Devereux. Gerald habia llegado á aquel estado feliz en que no se desperdicia el dinero tan

fácilmente. Originóse una disputa, y Montreuil levantó el velo y manifestó á Gerald los medios por donde habia entrado en posesion de sus estados.

Montreuil sabia leer en el corazon humano. Mientras Gerald vivió en el campo, sin entregarse á todos los placeres que podia proporcionarle su inmensa riqueza, habria sido muy peligroso descubrirle el secreto; pues aunque no me tenia grande afecto y era bastante audaz para esponerse á cualquier riesgo, sin embargo, no era un Desmarais ni un Montreuil, era hombre de honor, y el dia en que hubiese sabido la verdad, habria entregado á su legítimo dueño los bienes, y al verdugo las cabezas de Montreuil y del filósofo. Pero despues de dos ó tres años de gozar todos los placeres que la riqueza proporciona; despues de haber vivido en aquellos círculos en que

la riqueza es el mayor mérito posible y en que la opinion pública solo tributa honores al rico , los bienes fueron mas estimados , y la conciencia se fué quedando menos limpia. Gerald viviendo en la quinta de Devereux tenia solamente treinta mil libras anuales de renta ; viviendo en Londres tenia todo el lujo , comodidades y placeres que treinta mil libras de renta pueden proporcionar. ¡Gran diferencia en verdad! porque el honor es un baluarte muy bueno contra fuerzas pequeñas ; pero si no está sostenido por otros principios, raras veces puede resistir á fuerzas grandes. Por tanto , cuando Montreuil manifestó á Gerald que podia perder sus bienes en un instante ; que el público no creería en su inocencia cuando el crimen le habia reportado tales ventajas ; que tendria que privarse de todos aquellos goces inapreciables en su edad ;

que ya no sería el rico, el poderoso, el respetado, el magnífico, el envidiado señor de muchos, sino que vendría á caer como hermano menor en la dependencia del hombre á quien mas aborrecia (porque sus deudas escedian ya con mucho al valor de su herencia verdadera), siendo por toda su vida objeto de lástima y desprecio ó de irritantes sospechas; por último, que una sola palabra de Montreuil podría efectuar este cambio; cuando el jesuita le demostró todo esto, ¿qué extraño es que quedase confundido, que vacilase, que sucumbiese? Montreuil obtuvo pues el dinero que pedia y con la influencia política y pecuniaria de Gerald, consiguió que se le tolerase residir en Inglaterra bajo nombre supuesto, y en absoluto retiro. Desde entonces Montreuil, aunque secretamente mezclado en traidoras intrigas, parecia que solo se ocupaba en ne-

gociar su perdón en París. Gerald llevaba la vida de un hombre que habiendo perdido la paz de su conciencia quiere en compensación proporcionarse toda especie de placeres; y le *petit* Juan Desmairais, tan útil al jesuita como al libertino, pasaba el tiempo agradablemente riéndose de sus amos, estudiando filosofía y llenando los bolsillos; porque no necesito añadir que Gerald le perdonó sin mucha dificultad la parte que había tenido en el fraude. El hombre, según Oswald observó con perspicaz malicia, raras veces es inexorable con los crímenes que han redundado en su provecho.

—¿Y dónde se esconde Montreuil ahora, pregunté, en las inmediaciones de la quinta de Devereux?

Oswald me miró con alguna sorpresa.—¿Cómo lo habeis sabido? dijo. Es

verdad, vive sosegada y pacíficamente en las cercanías. Los bosques que rodean la casa, las cuevas de la playa y la isleta que está en frente le proporcionan un asilo muy á propósito para sus proyectos por la facilidad con que puede tener correspondencia con Francia.

Despues hice algunas preguntas á Oswald respecto á su propia persona, porque no me inspiraban gran confianza los servicios de un hombre que en otro tiempo se habia manifestado mercenario y tímido. No pretendió disfrazar sus cualidades, ni hacer alarde de virtudes que no poseia, antes bien el vino y la conversacion le dispusieron á ser franco. Entre otras comisiones dadas por Montreuil me confesó que habia llevado á Italia la de vijitar á Aubrey: á la muerte de mi hermano se habia apresurado á volver á Inglaterra, para traer órdenes á Monz

treuil de los jefes del Instituto y para noticiarle el acontecimiento. Habia encontrado al jesuita intrigando incesantemente aun en su retiro y halagado por la promesa, que últimamente le habia dado el mismo Fleuri, de obtener en breve su perdon y el permiso de volver á Francia. Aquí era facil notar la causa de la nueva confianza que me mostraba Oswald. Envuelto Montreuil en nuevos y complicados planes, hacia poco caso de las víctimas de sus pasados proyectos. Muerto Aubrey, ausente yo, y Gerald á su devocion, no veia en nuestra familia motivo alguno para alarmarse ni para tomar precauciones. Esto le hizo descuidar los interesados servicios de Oswald; y cuando este ilustre personaje supo mi llegada á Londres, calculó desde luego que le valdria mas servirme á mí, que conservar su no pagada fidelidad á Mon-

treuil. En realidad, según he sabido después, la discreción del jesuita era menos vituperable de lo que yo había imaginado; porque Oswald era desvergonzado, disipado y gastador y exigía por sus servicios más de lo que valían y por su silencio más de lo que merecía en concepto de Montreuil después de muerto Aubrey. Por tanto cuando hablé seriamente á mi nuevo aliado, de mi deseo de obtener completa justicia de los crímenes de Montreuil, no ví que se resfriase su celo con mi determinación; al contrario su misma cobardía le dió ferocidad, y resuelto á vender á Montreuil, su miedo á la venganza del jesuita, le hizo desear su pronta muerte. No soy amigo de innecesarias dilaciones; quería aprovecharme cuanto antes de la inesperada declaración de Oswald; ví cuánto aminoraría su testimonio las dificultades que pudiera ha-

ber, así para tener una esplicacion con Gerald, como para entregar á Montreuil á la justicia; y la primera de estas medidas me parecia necesaria para asegurar, ó por lo menos facilitar, el resultado de la última. Propuse pues á Oswald que me acompañase inmediatamente á la casa donde Gerald se hospedaba; el honrado María consintió en ello con la sola condicion de que le llevasen otra botella para echar la espuela. Busqué en el momento silla y caballos de posta, y á las dos horas de haber entrado en la posada, estábamos ya en camino para ver á Gerald. ¡Qué impulso habian dado á la rueda del destino los sucesos de un solo dia!

En otra ocasion podria haberme divertido con la travesura de mi compañero de viaje; pero entonces su conversacion me parecia pesada y fastidiosa, y le

traté como ordinariamente se trata á hombres de su estofa : luego que saqué de él todo lo que me podia ser útil, presté muy poca atencion á sus palabras. Me habia dicho todo cuanto necesitaba saber , así en medio de una larga historia sobre Italia , los jesuitas y el talento de María Oswald , aparenté quedarme dormido, y mi compañero siguiendo de veras mi ejemplo, me dejó meditar á mis anchas sobre todo cuanto habia oido y sobre los planes que mas probabilidades de éxito ofrecian. Pronto hallé disculpa para la connivencia de Gerald en el fraude de Montreuil ; y conocí que debia á mi hermano tanto afecto por la injusticia que le habia hecho, que casi me alegraba de encontrar algo que perdonar. Todos lós hombres tal vez prefieren tener que perdonar á ser perdonados. Resolví por tanto aparentar ignorancia respecto á su cono-

cimiento del fraude, y si era posible evitarle, aunque lo confesase, la vergüenza que de su confesion le pudiera resultar. De estas ideas pasé á otras mas intensas é irritantes; y mi corazón cesó de latir como si se convirtiera en mármol al pensar en Montreuil, y en la justicia que iba á conseguir de sus crímenes.

Eran las doce del siguiente día cuando llegamos á casa de lord ***, de la cual habia salido Gerald el día antes para Devereux á una partida de caza. Inmediatamente al oír esta noticia salimos para la quinta de Devereux.

Siempre me ha parecido que si, como ciertos filósofos antiguos se imaginaban, hubiese alguna figura símbolo de toda la naturaleza viviente y material, esta figura sería el círculo. Los mundos giran en el espacio eternamente, descri-

biendo vastas y regulares circunferencias. Así se mueve el espíritu, naciendo, progresando, madurando, decayendo, pereciendo, renovándose otra vez, y siguiendo siempre la misma carrera; y aun así parece que se mueve el misterioso mecanismo de las acciones y de los sucesos humanos. La vejez, antes que vuelva á ser segunda niñez, desde la cual pasa al sepulcro, vuelve también á las memorias y pensamientos de la juventud; su muerto amor resucita; sus pasadas amistades se renuevan. Las ruedas de la causada máquina pasan al meridiano, y el arco de círculo por el que van declinando, es semejante al segmento opuesto por el que subieron animadas y triunfantes. Así es también que el país donde nacimos tiene para nosotros irresistible atractivo; no nos importa saber dónde hemos de pasar la mayor parte de toda nuestra vida;

pero queremos morir en el sitio donde hemos nacido ; queremos que el círculo concluya en el punto donde empezó. Esta es la gran órbita por donde los mortales pasan solo una vez ; pero la misma figura debe dominar en todo lo que se mueve en ella en su carrera desde la cuna al sepulcro. Sumergido en estas reflexiones, no advertí que llegábamos á los estados de Devereux, hasta que entramos en ellos al caer la tarde. El camino era áspero y pedregoso, y los caballos se movian con lentitud. Todas las cosas que entonces veia me eran familiares : los viejos árboles desparramados en densos grupos á uno y otro lado, y que habian pasado de poseedor á poseedor, seguros por lo poco que podian tentar la avaricia de nadie, parecia que me daban una silenciosa pero inteligible bienvenida. Sus hojas caian alrededor de nosotros impelidas por el

aire de otoño, y las ramas al inclinarse hacia mí parecía que me decían: «has vuelto y estás cambiado como nosotras: las verdes hojas de tu corazón se te han caído una por una; como nosotras sobrevivimos, pero triste y desconsolado.» El áspero chillido de los grajos que buscaban sus guaridas se unía á los armoniosos sonidos del viento y de los árboles, que me recordaban las primeras emociones de mi juventud. Muchas veces en la risueña primavera había yo paseado por entre aquellas arboledas, queriendo hallar en los hijuelos de aquellos habitantes del aire una muestra de mi pueril destreza y de mi indiferencia respecto al porvenir. Nuestra clemencia se aumenta con nuestra razón, y en la actualidad no sería capaz de hacer daño á una de esas débiles criaturas aunque me dieran un reino.

Al salir de la parte mas montuosa del

parque y al entrar en un llano en que los árboles eran solitarios y estaban esparcidos á grandes distancias, mientras las nubes rojas, aun teñidas con los matices del sol poniente, cubrían á lo lejos el dilatado horizonte, iluminándole como la esperanza ilumina el porvenir, hirió de repente mis oídos un armonioso y rápido murmullo, diverso del sonido del mar que estaba á mayor distancia. Era la voz de aquel arroyuelo cuyas orillas habían sido el paseo favorito de mi niñez; y entonces al presentarse de repente á mi vista hubiera querido estar solo para haber inclinado sobre él mi cabeza y llorado como si la voz de aquel arroyo hubiera sido la bienvenida de un ser viviente. ¡ Con qué impetuoso entusiasmo le había yo apostrofado el día en que por primera vez resolví dejar sus tranquilas regiones y sus fragantes márgenes por el tumulto y por

las tempestades del mundo! En aquella misma tarde habíamos tenido Aubrey y yo un dulce coloquio; en aquella misma tarde habíamos jurado protejernos y amarnos mutuamente.... ¡y ahora!..... Ví la pequeña eminencia en que nos habíamos sentado; en ella descansaba un solitario ciervo: al acercarse el carruaje se levantó, y entonces ví que estaba herido, tal vez en alguna contienda con sus semejantes, y que apenas podía moverse del sitio. Volví la cara á otro lado, y los restos de la casa de mis mayores fueron gradualmente presentándose á mis ojos. ¡Cuán cambiado estaba todo! aquella casa se habia convertido en un vasto y negro monton de ruinas. El gran salon con sus vigas de roble y su enorme hogar, ya no existia: ví que habia desaparecido, y no me cuidé de lo demas. Las largas galerías, los soberbios aposentos que re-

cordaban escenas de ostentacion y lujo, eran como compañeros de corte que nos divierten, pero que no ganan nuestro afecto; mas el salon, el antiguo salon, el hospitalario salon habia sido como un amigo en todos tiempos, y sus beneficios habian sido francos para todos como el corazon de su último poseedor. Aparté mi vista del sitio donde habia estado, y la alta, solitaria y cenicienta torre dedicada á mi malhadado pariente, y en la cual habian estado situadas mis habitaciones, se me ofreció como el último de una partida de guerreros, fiero, flaco y solitario dominando las ruinas que le rodeaban.

Pasó entonces el carruaje con mas rapidez por el descuidado camino, y entrando por un sitio donde las ruinas permitian fácil acceso á la torre, al cabo de dos minutos me hallé solo con mi her-

mano en una de las habitaciones de aquella. ¡ Oh ! ¡ cómo puedo pintar esta escena , aquel abrazo , aquella reconciliacion ! ¡ Ah , la herida aun no está cicatrizada !

Encontré á Gerald al principio altivo y sério ; esperaba mis reconvenciones , y se habia preparado contra ellas ; pero no habiendo previsto que yo fuese á pedirle su amistad y á manifestarle mi dolor por nuestro pasado aborrecimiento , se conmovió y nos reconciliamos.

Referile brevemente el desdichado fin de Aubrey ; pero deteniéndome en pintar la infame y sistemática influencia que Montreuil habia ejercido sobre él y habia pretendido ejercer sobre todos nosotros , procurando despertar en Gerald la misma indignacion que me agitaba á mí contra aquella vil criatura. Díjome en efecto que deseaba tanto como yo obtener justicia contra él ; pero en su tono se advertia

cierta turbacion cuya causa no me era desconocida. Acusar á Montreuil públicamente de sus traiciones habria sido en último resultado publicar que Gerald habia tenido conocimiento del fraude; apresuréme, pues, á decir que no era necesario someter al exámen de un tribunal de justicia nuestra conducta privada y los tristes acontecimientos de nuestra familia. Lo que me habia dicho Oswald era bastante para probar que Bolingbroke habia sido bien informado, y que Montreuil en aquellos mismos dias se habia comprometido en planes de traicion, de los cuales se podian presentar pruebas mas que suficientes para asegurar su muerte por medio del verdugo. De este delito propuse que lo acusásemos en la ciudad de **** y obtuviésemos una órden para su inmediata captura, tomando de este modo venganza de los crí-

menes que en daño nuestro habia cometido.

Mi hermano aceptó por último mi proposicion.—Tengo entendido, dije, que Montreuil está oculto en las inmediaciones de estas ruinas ó en la opuesta isleta. ¿Sabes precisamente donde se halla ahora?

—No, respondió Gerald; pero creo que ha de estar muy cerca, porque hace tres dias recibí una carta suya en casa de lord ***, citándome para una conferencia aquí, y diciendo que le urgia hablarme antes de su marcha de Inglaterra, que pensaba efectuar en breve.

—¿Ha conseguido ya en efecto permiso para volver á Francia?

—Sí, respondió Gerald; en esa misma carta me decia que habia recibido la noticia de su perdon.

—¡Ojalá le sirva, dije yo con feroz

sonrisa, para una condenacion mas duradera! Pero si eso es cierto no tenemos tiempo que perder; un hombre tan vigilante y astuto puede llegar pronto á saber mi venida, y si, como es probable, sospecha nuestra reconciliacion, puede hasta dejar de asistir á la cita que tiene contigo. Ademas no tardará en saber que el gobierno ha descubierto sus designios, y necesariamente se preparará para la fuga. Voy, pues, ahora mismo á la ciudad á sacar una órden de prision contra él, y á traer ministros de justicia que nos ayuden á buscarle. Entre tanto te quedarás aquí y le detendrás si te visita; ¿pero dónde está su cómplice? Apoderémonos de él inmediatamente, porque supongo que está contigo.

—¿Quién, Desmarais? repuso Gerald. Sí, es el único criado, ademas de la vieja portera, que puedo tener en estas po-

bres ruinas: los demas los he dejado en casa de lord ***. Pero Desmarais no está ahora aquí; salió hace dos horas.

—¡Hola! dije, sin duda ha ido á buscar al jesuita: esperaremos su vuelta, y le haremos decir dónde se oculta Montreuil.

Antes que Gerald pudiese responderme oímos ruido fuera, y distinguí los suaves acentos del hipócrita fatalista, y la triunfante voz de Mr. María Oswald. Apresuréme á salir, y supe que el hermano del escribano, á quien yo habia dejado en la silla de postas, habia visto al criado deslizándose entre las ruinas, y con el auxilio de los postillones le habia traído hasta la torre. En el momento en que Desmarais me vió cesó de oponer resistencia á sus aprehensores, y me miró fijamente, aunque con respeto; no mudó de color, ni en su cara se advirtió signo

de temor, de confusion ni aun de sorpresa, sino la resolucion de arrostrar el peligro, unida á cierta duda sobre si lo desafiaria de frente ó trataria de disminuirlo.

Largo tiempo le estuve mirando luchando entre la ira y la repugnancia que me inspiraba, entre el desprecio y el deseo de destruccion con que miramos á algun pequeño pero venenoso reptil; largo tiempo le estuve mirando antes de que pudiese contener mis emociones para decir:— ¡Al fin te tengo en mi poder! Así primero romperé el vil instrumento, y despues cortaré la mano que le ha guiado.

—Sea lo que el señor conde guste, respondió Desmarais inclinándose hasta el suelo; pero el instrumento es como una lima, y sería inútil morderla.

—Ahora lo veremos, dije sacando la espada: prepárate á morir, y dirigí la

punta á su garganta con ademan tan repentino y amenazador, que cerró involuntariamente los ojos, y sus enjutas mejillas perdieron completamente el color; sin embargo, no retrocedió.

—Si el señor conde, dijo con cierta especie de sonrisa, quiere matar á su antiguo y fiel criado, descarge el golpe: nadie puede oponer resistencia al destino, y los ruegos son inútiles.

—Oswald, dije, soltad á vuestro prisionero; esperadme aqui y cuidad de que nadie salga. Juan Desmarais, sígueme.

Subí las escaleras y Desmarais me siguió. Luego que estuvimos solos con Gerald, le dije:— Tus dias están contados; morirás, no por mi mano sino por la del verdugo: me son conocidos no solo tu fraude, sino tus robos y tu complicidad en el asesinato. Tu amo actual, indignado como yo, te entrega á la justicia. ¿Tienes

algo que exponer, no en tu defensa porque no quiero escucharla, sino en expiacion de tus culpas? ¿No puedes ejecutar algun acto que me mueva á perdonar los delitos que has cometido? Desmarais vacilaba en responder.

—Habla, dije. Levantó los ojos y me miró fijamente como si quisiera penetrar mis pensamientos.

—El señor conde, dijo por fin con su obsequiosa sonrisa, ha viajado, ha brillado, ha obtenido triunfos, debe haberse hecho enemigos; dígame sus nombres, y su pobre y fiel criado hará lo posible por ser el instrumento del destino que les espera.

Gerald retrocedió y se estremeció. Acaso hasta entonces no habia sabido cómo podian ocultarse el fraude y el alevoso asesinato, bajo el tono respetuoso y las vueltas de encaje.

—No tengo mas enemigos que uno, dije, y de ese me dará cuenta el verdugo; pero dime exactamente el sitio donde se oculta en este momento, y te daré permiso para que salgas de este pais para siempre. Ese enemigo es Julian Montreuil.

—¡Ah, ah! dijo Desmarais como pensativo y en tono muy diferente del que habia usado hasta entonces: ¿habrá de suceder eso? ¡Por espacio de veinte años ha estado unido mi destino al suyo, porque le creia nacido bajo la estrella que alumbra á los hombres de estado y á los pontífices. ¿Será que ahora la terrible ley de la necesidad me obligue á hacerle traicion, á él, que es el único hombre á quien he amado? No, no: conde Devereux, matadme pero no haré traicion á Bertrand Colinot.

—¡Misterioso corazon del hombre! ex-

clamé yo interiormente, al mirar los malignos ojos y la vil fisonomía de aquel miserable, que aun conservaba en el fondo de su vil pecho un sentimiento noble y generoso. Pero si en él nació este sentimiento, nació solo para morir en breve.

—Como tu quieras, dije; ó morir ó decirnos donde está Montreuil; si tuviera tiempo para ello te preguntaría cual es mejor *destino*, cometer una perfidia ó ser aborcado; pero el tiempo vuela, á Dios, el dia en que te condenen á muerte nos veremos.

Me dirigí á la puerta para llamar á Oswald y encargarle la custodia del preso: y entonces Desmarais, saliendo de la especie de meditacion en que habia estado sumergido, dijo:

—¿Quién lo duda? Si él se viese en la alternativa que yo me veo ¿no me deja-

ría ahorcar como ahorcaría á su perro si se volviera rabioso, y por él le amenazase algun peligro? Mi noble y clemente señor, continuó el fatalista volviéndose hacia mí y adoptando su acostumbrado tono, basta: no puedo negar nada á un caballero de modales tan insinuantes. Montreuil puede estar en vuestro poder esta noche; pero á esto solamente me obligo. Si no hablo, dentro de pocas horas estará fuera de vuestro alcance: si hablo, ¿me promete el señor conde el perdon de mis pasados *errores*?

—Con condicion de que salgas de Inglaterra, respondí porque no tenia gran deseo de obtener justicia contra Desmairais, ni era facil habiendo convenido con Gerald en no exponer nuestros asuntos domésticos á las investigaciones de la justicia: por otra parte era tan dificil dar con Montreuil antes de que saliese de In-

glaterra sin tener noticia exacta de sus movimientos, que bien podia yo privarme de la satisfaccion de un deseo menos ardiente, por satisfacer en breve la única pasion que me habia quedado.

—Sea, repuso Desmarais; mejores vinos hay en Francia. Y mi actual amo Mr. Gerald ¿perdonará tambien al pobre Desmarais esta prueba del afecto que siempre os ha tenido?

—Aparta miserable, gritó Gerald retrocediendo.

Desmarais alzó los ojos al cielo como para ponerle por testigo de su inocencia.

Entonces yo cansado de tan odiosa farsa, dije:

—La condicion está aceptada; pero recuerda que solo se cumplirá si Montreal por tus avisos cae en nuestro poder. Ahora espícate.

—Esta noche, contestó Desmarais, se

propone Montreuil salir de Inglaterra en un buque francés corsario, ó pirata, si esta palabra os agrada mas. A las doce en punto se reunirá con los marineros en la playa inmediata á la cueva; desde allí se dirigirán en botes á la isleta, en cuyas aguas les espera el bajel corsario. Si quereis apoderaros de Montreuil debeis llevar fuerza bastante para vencer á los marineros, con quienes está citado. He cumplido mi palabra, lo demás no me toca á mí.

—Te i presente, dije, que si nos engañas serás ahorcado.

—He dicho la verdad, respondió Desmarais con amargura; y si la vida no me fuera tan agradable, me hubiera dejado ahorcar antes que decirla.

No respondí, pero llamando á Oswald le encomendé la custodia de Desmarais. Despues tuve una breve consulta

con Gerald, cuyo espíritu ofuscado por la vergüenza y asombrado tal vez de la precipitación con que se sucedían los acontecimientos, me dió muy poca luz para llevar adelante mis proyectos. Observé con gran dolor sus sentimientos; pero no era aquella ocasión de combatirlos. Ví que no podía contar con su vigorosa cooperación; y conocí que si Montreal le buscaba; no tendría la energía y presencia de ánimo suficientes para detenerle. Cambié por tanto de plan.

—Yo me quedo aquí, dije, y voy á dar órden á la portera que dirija á mi cuarto á todo el que venga á verte. Entretanto Oswald y tú, si quieres encargarte de esta comision, ireis á la ciudad é informareis al magistrado de las noticias que tenemos, procurando traer jente armada que pueda resistir á los piratas si fuere necesario para asegurar la prision

de Montreuil. Este socorro puede ser indispensable y de todos modos es prudente que le tengamos ; tal vez escitados por Oswald los magistrados no mostrarán el celo y diligencia que les hará mostrar una sola palabra tuya.

—¡Mia! exclamó Gerald , di mas bien tuya , porque tú eres el dueño de estos vastos dominios.

—Nunca, mi querido hermano, pasarán á mi poder mientras tú los tengas ; pero despues hablaremos de eso : ahora apresurémonos á alcanzar justicia.

Busqué á Oswald, que aunque cobarde era listo y dispuesto para cualquier encargo, y ví que podia contar mas con él que con Gerald. Dile pues la comision y encerré á Desmarais en el aposento interior de la torre ; despues dí á Gerald y á Oswald instrucciones precisas, y animado al ver la decision del prime-

ro, les ví partir para la ciudad palpítandome el corazón con la esperanza de que á las doce de la noche alcanzaría el castigo de los crímenes de Montreuil.

CAPITULO V.

La catástrofe.

Por desgracia era indispensable buscar auxilios en la ciudad de****. Las pocas comodidades que tenia la torre, no habian permitido á Gerald llevar á ella todos sus criados, y en las aldeas inmediatas habia muy pocos hombres bien armados y capaces de resistir á jente tan acostumbrada á los peligros, como debian de ser los corsarios; ademas lo que importaba sobre todo, era que nadie sospechase nuestro proyecto para que no llegase á oidos de Montreuil y pudiera escaparse. No dudaba de la sinceridad de la declaracion hecha por el fatalista, y si hubiese dudado, la conversacion que despues tuve con él, habria hecho desaparecer todas

mis dudas. Teníale desconsolado el pensamiento de la traición que había hecho á Montreuil, y mucho más la idea de que con Montreuil perecían todas sus esperanzas. Desmarais era hombre de mucha más ambición que yo al principio me había imaginado, y se había unido estrechamente á Montreuil, porque el genio y la resolución del jesuita le pronosticaban que había de alcanzar en adelante gran poder. A medida que iban pasando las horas de la noche, su inquietud se iba haciendo más visible; de modo, que hallándome plenamente satisfecho de la verdad de las noticias que nos había dado, le dejé entregado á sus meditaciones y solo en mi cuarto me preparé para los acontecimientos que iban á seguirse. Esperaba que Montreuil hubiera buscado á Gerald en la torre, y esta había sido la razón principal que me había inducido á quedarme: pero pasaba el

tiempo y Montreuil no venia, y al fin se hizo tan tarde, que empecé á temer que el socorro de la ciudad de**** no llegase oportunamente.

Dieron las once y cuarto: en menos de una hora mi enemigo debia estar en mi poder ó fuera de mi alcance; Gerald y nuestros aliados no venian; mi incertidumbre era intolerable; mi pulso latia cual si tuviera fiebre; no podia estar dos segundos en el mismo sitio; cien veces habia sacado la espada y mirado con ansia su brillante hoja.—Otra vez, dije mirándola, otra vez te cruzarás con el acero de mi mortal enemigo y será para vencer, no para esponerme como antes á perder la vida: los años han dado destreza á la mano que en otro tiempo te guiaba y en la sangrienta senda del combate nunca te has agitado en vano. Mánchate de nuevo con sangre humana, y cada

gota de esa sangre tendrá para mí mas precio que todos los triunfos que me has alcanzado.

En efecto, la noticia de que Montreuil tendria en su auxilio por compañeros hombres duros y desalmados que no le dejarían prender sin procurar rescatarle, me habia causado intenso y feroz deleite; sabia que el orgullo y valor de Montreuil le harían aprovecharse del socorro de sus confederados, y valerse tambien de su propia espada: entonces no sería desleal oponer la fuerza á la fuerza, y darle con mi propia mano el golpe de muerte que tenia merecido. Al ocurrírseme estos pensamientos, mi corazon parecia endurecerse y mi sangre circulaba como fuego por mis venas.—No vienen, no vuelve Gerald, dije mirando al reloj y viendo cómo pasaban los minutos... no importa... no se me escapará... aun-

que estuviese rodeado de un millon de hombres le alcanzarían mis golpes, y un golpe de esta mano es todo lo que necesito para matarle: despues que le venguen si quieren. Resuelto ya á todo y no contando con la vuelta de Gerald, dejé la torre, cerré la puerta exterior para que no pudiera escaparse el preso, y con lijeros y silenciosos pasos me encaminé á la playa inmediata á la cueva. Eran las once y media; la noche estaba serena; una densa niebla subia desde el mar hasta el firmamento, y la luz de las estrellas apenas podia penetrarla. Habia salido la luna, pero los vapores que la rodeaban ofuscaban su luz, y donde daba la sombra de las rocas todo era oscuridad y tinieblas; solamente á la inmediacion de las olas y en los puntos mas arenosos y llanos de la playa podian discernirse los objetos. Paseéme arriba y abajo por espacio de

algunos minutos delante de la cueva, y no viendo á nadie me senté en una piedra en un hueco de la peña inmediata á la boca de la caverna. El punto aquel estaba envuelto en completa oscuridad y en él podia yo esperar la ocasion oportuna de descubrirme. Pocos minutos hacia que estaba acechando cuando ví venir á un hombre por la izquierda; adelantábase con rapidéz y al pasar por el sitio menos oscuro, en su aire y en su figura reconocí á Montreuil. Acercóse á la cueva... se detuvo... estaba á pocos pasos de mí... Ya iba á levantarme cuando otro hombre salió repentinamente de la boca misma de la cueva.

—¡Hola, dijo, es Bertrand Colinot; el destino sea loado.

Si hubiera oido una voz salida del sepulcro, no me hubiera sorprendido mas que aquella. ¿Cómo dar crédito á mis

sentidos? La voz era de Desmarais á quien habia dejado encerrado en el cuarto mas retirado de la torre.—Huye, repitió, huye al momento, no tienes tiempo que perder..... ya te espera el feroz Morton: los alanos de la justicia te siguen la pista; no aguardes á los piratas, huye.

—¿Estás loco? ¿Qué quieres decir? Dentro de un instante tendré aquí los botes. Mientras estabas hablando me pareció que los veía á lo lejos en el mar. Algo de eso me temí hace pocas horas al ver á Gerald en el camino de ****. No conocí al que le acompañaba; pero no quise ir á la torre. Sin embargo, hay que esperar los botes, pues aunque es preciso huir, ellos son el único medio de fuga.

—Pide á Dios, tú que crees en él, pide á Dios que vengan pronto, si no, mueres... y yo contigo. Morton ha vuelto y

se ha reconciliado con su débil hermano. Gerald y Oswald han ido á **** á buscar gente para prenderte y entregarte al verdugo. A mí me cogieron, me amenazaron ; pero me mostraron un camino para evitar la prision y la horca. Maldíceme, Bertrand , porque seguí ese camino. Les dije cómo pensabas huir esta noche, y con quiénes. Me encerraron en el cuarto interior de la torre.... Morton se quedó fuera de guardia. Por fin le oí alejarse, bajar las escaleras y cerrar la puerta de la torre. ¡ Ha , ha ! ; Qué poco conoce el talento de Juan Desmarais ! Tu amigo se burla de cerrojos y de barras , Bertrand Colinot. No me habian registrado ; hice uso de mis instrumentos..... tú sabes que con ellos puedo abrir aun los mas espesos muros.... Abrí la puerta , salí á la pieza exterior, alcé la trampa que el viejo Sir William habia tapiado , y que tú

con tanto arte reemplazaste cuando celebrabas secretas conferencias con tus pupilos; entré por el pasadizo, llegué á la puerta de hierro, toqué el resorte que pusiste en la plancha con que el viejo hizo cubrir la cerradura, y vengo á reparar mi cobarde traicion, á salvarte y á huir contigo. Pero mientras hablo estamos al borde de un precipicio. Merton ha salido de casa, y tal vez te está buscando en este momento.

—No importa, dijo Montreuil en voz baja pero en tono altivo. Aunque soy clérigo, no he tomado el traje de lego sin tomar tambien la espada, esta espada que brilló en mi mano bajo las banderas de Mar, y que en otro tiempo, á no ser por mi necia compasion, me habria librado para siempre de ese enemigo.

—Desenváinala ahora, Julian Montreuil, dije saliendo de mi retiro y

poniéndome en frente de los dos.

Montreuil retrocedió algunos pasos, y en aquel momento se oyó un tiro en el mar.

— ¡ Apresúrate, gritó Desmarais corriendo hácia la orilla, donde se divisaba un bote doblando la punta de la roca, apresúrate, Bertrand, ahí vienen Bonjean y su gente.... pero les persiguen.

Montreuil se volvió como para huir; pero yo habia dirigido ya mi espada contra su pecho; dió una patada en el suelo con aire altivo, sacó su acero y paró mi estocada, retirándose al mismo tiempo rápidamente hácia la orilla, donde se oían grandes voces de los que en el bote llegaban.

— ¡ Vamos, vamos, la justicia nos persigue, no podemos esperar un momento! y Montreuil al oír estos gritos, acompañados de juramentos y maldiciones, apresu-

raba el paso hácia el sitio de donde salian. Pero las huellas que dejaba eran de sangre : dos veces habia mi espada atravesado su carne , y dos veces habia evitado con su destreza que la herida fuese mortal. Otro bote , lleno tambien de piratas , siguió al primero ; pero inmediatamente despues venia un gran buque persiguiéndoles : los gritos de los corsarios se oian ya en tierra ; se oyó otro tiro, y otro y otro , y al fin rompió un fuego continuado. La playa se llenó de gente de justicia. El buque en que habia venido impedia la retirada á la opuesta isleta: no quedaba otro arbitrio á los piratas mas que combatir ó dispersarse entre las rocas y bosques inmediatos. Tomaron su resolucion, y se prepararon al combate, parte en los botes , parte en la playa alrededor de ellos. Aunque los oficiales de justicia eran en mucho mayor número,

el combate, sangriento y desesperado, parecía igualmente sostenido por ambas partes. Montreuil siguió retirándose delante de mí, se confundió entre la multitud, y le perdí de vista por un momento. Entonces fué cuando ví á Gerald; parecía espiarme también, y hacia esfuerzos para ponerse á mi lado; pero de repente desapareció de mi vista. Suspendióse un instante la refriega; los oficiales de justicia se retiraron fatigados hácia la playa, y los piratas empezaron á tener confianza en su salvacion. Probablemente creían que la oscuridad de la noche les proporcionaría medios de burlar la persecucion del bagel enemigo que aguardaba inmóvil el éxito del combate. Corrieron todos á los botes, y entre ellos distinguí á Montreuil. Apreté los dientes con rabia. Tres estocadas necesité dar para abrirme paso hasta él; pero al fin

le alcancé á punto de poner el pie en un bote y llegándole el agua á las rodillas. Púsele la mano en el hombro, y mi mejilla tocó la suya al decirle al oído: «Aquí me tienes otra vez!!»

Volvióse con aire fiero, y procuró, pero procuró en vano, desasirse de mí. Alejóse el bote, y con él se fué su última esperanza. En aquel momento salió la luna de entre la niebla, y nos pudimos ver cara á cara. Pintábase en la suya la agonia de la desesperacion; pero tomó una espresion marcada de orgullo al encontrar mis miradas. Otra vez renovamos el combate cuerpo á cuerpo; la mayor luz que entonces despedia el firmamento, permitia á cada uno de nosotros apelar á su destreza mas que hasta entonces lo habia hecho, y Montreuil parecia querer reunir toda su serenidad y todo su aliento para asegurar el éxito de la lucha. Sin

embargo , esta fué corta. Una vez mi antagonista tuvo la imprudencia de levantar el brazo y dejar descubierto el cuerpo; su espada me hirió en la mejilla (la cicatriz no desaparecerá nunca); pero la mia le atravesó dos veces el pecho, y le hice caer á mis pies bañado en su sangre.

—Levantadle , dije á los hombres que entonces nos rodearon. Así lo hicieron, y él me miró, mientras las ansias de la muerte desfiguraban sus facciones y llenaban de espuma sus lábios. Pero no pensaba ni en su matador, ni en los crímenes que habia cometido, ni en uno solo de los seres á quienes habia agraviado.

—¡Compañía de Jesus, murmuró , si hubiera vivido solo tres meses mas, yo habria.....

Así murió Julian Montreuil.

CONCLUSION.

Montreuil no fué la única víctima del breve combate de aquella noche ; algunos piratas y varios de sus perseguidores perecieron , y entre los cuerpos tendidos en la playa encontramos á Gerald. Una bala le habia atravesado el cerebro y dejándole sin vida. Por una especie de retribucion parece que mi infeliz hermano recibió su herida mortal de Desmarais, que probablemente no le tiraría á él ; así el instrumento del fraude vino á ser el ministro de su muerte. La retribucion pareció tambien extenderse á los medios que habian facilitado á Desmarais su fuga, pues la comunicacion subterránea abierta para engañar á mi tio fué el camino que

guió al matador de Gerald al lugar del combate. La venida de los ministros de justicia se retrasó, porque los magistrados recibieron antes de la llegada de Gerald á la ciudad noticias confidenciales del número y fuerza de los piratas, y hubieron de pedir tropas para enviarlas contra ellos. Los piratas que escaparon con vida de la accion logrando burlar la persecucion del buque, llegaron á la isleta y se refugiaron en el bagel de su capitán; con ellos escapó Desmarais, y desde entonces nada he vuelto á saber de él.

María Oswald ha tomado hace poco una famosa posada en el camino del Norte, destino muy á propósito para el desarrollo de sus diversos talentos; tambien ha tomado mujer, de cuya lengua y genio se queja ya con poco filosófica blandura; podemos creer por tanto que sus

faltas no han quedado sin su parte de castigo.

Yo habiendo heredado por la muerte de mi hermano los estados de Devereux, me ocupo ahora en reedificar en mas costosa escala la mansion de mis antepasados. Tan impaciente es mi deseo de concluir esta obra, que no doy descanso á los operarios ni de dia ni de noche, y la mitad de ella se hace con luz artificial. Con este proyecto termina mi último plan de ambicion.

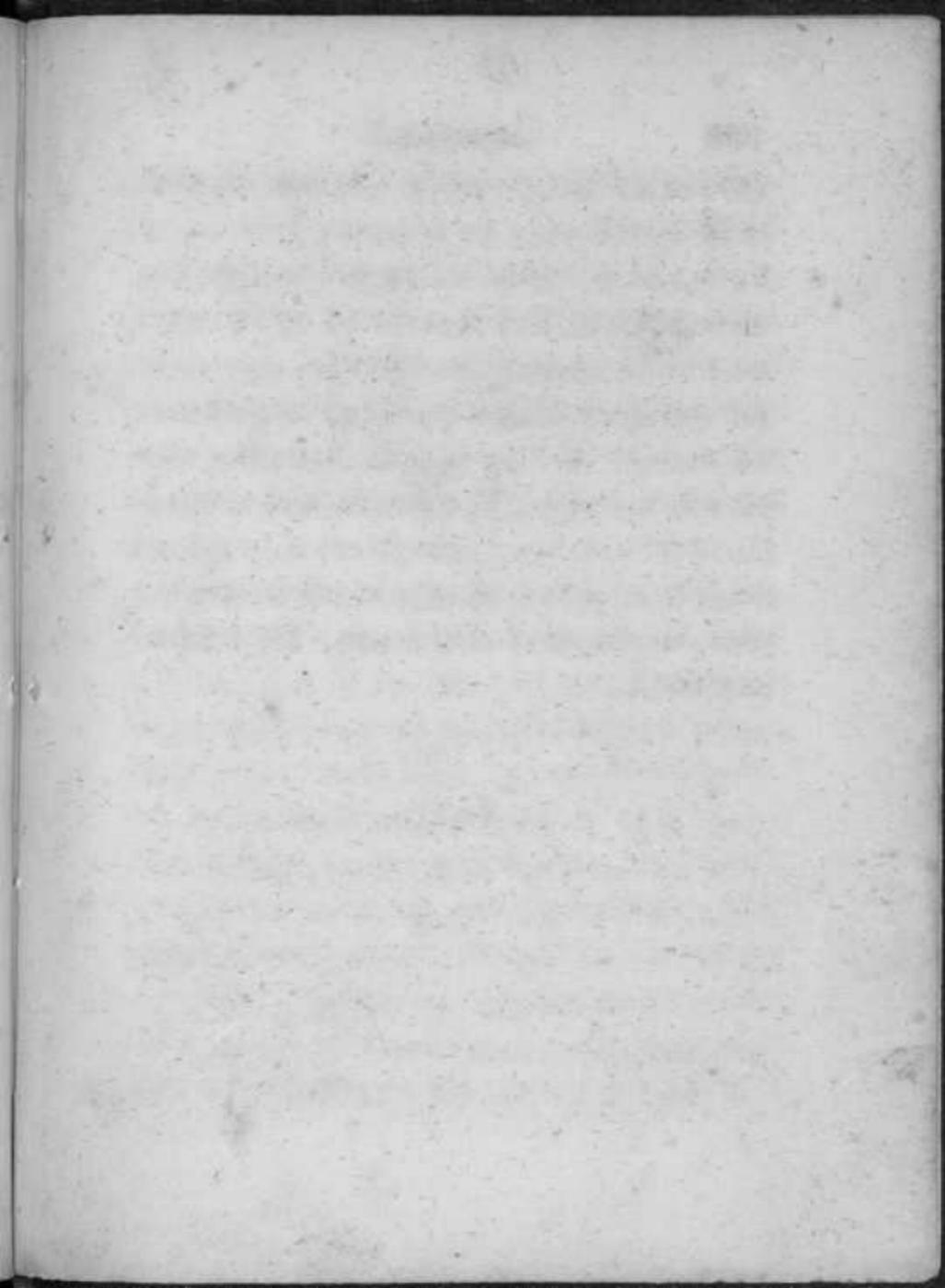
Aquí, pues, á la edad de treinta y cuatro años concluyo la historia de mi vida. Si en la estrella que al escribir esto brilla sobre mí, y que parece ser el luciente profeta de mi destino, se me pronostican en el porvenir mas aventuras, mas padecimientos ó mas excitaciones; ó bien si he de pasar la vida en la meditacion y en la soledad que rodea la ca

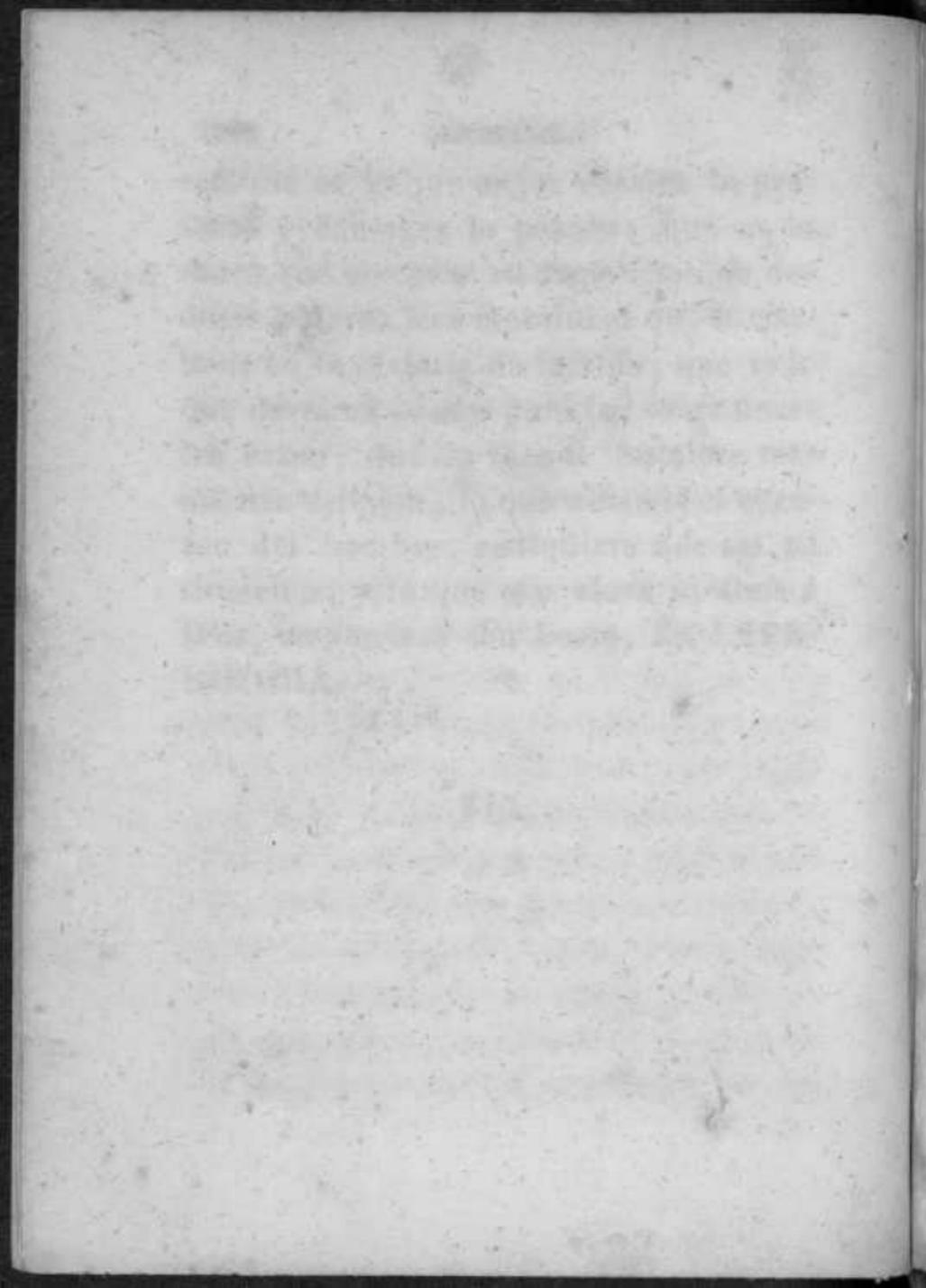
sa donde me crié y que es ahora mi retiro, es cosa en que no pienso. He agotado las fuentes de aquellos sentimientos que por canales de ansiedad ó de esperanza fluyen hácia lo futuro, y la agitacion de mi edad viril, conseguido su objeto, ha hecho el oficio del tiempo y ha desaparecido, dejándome la indiferencia de la vejez.

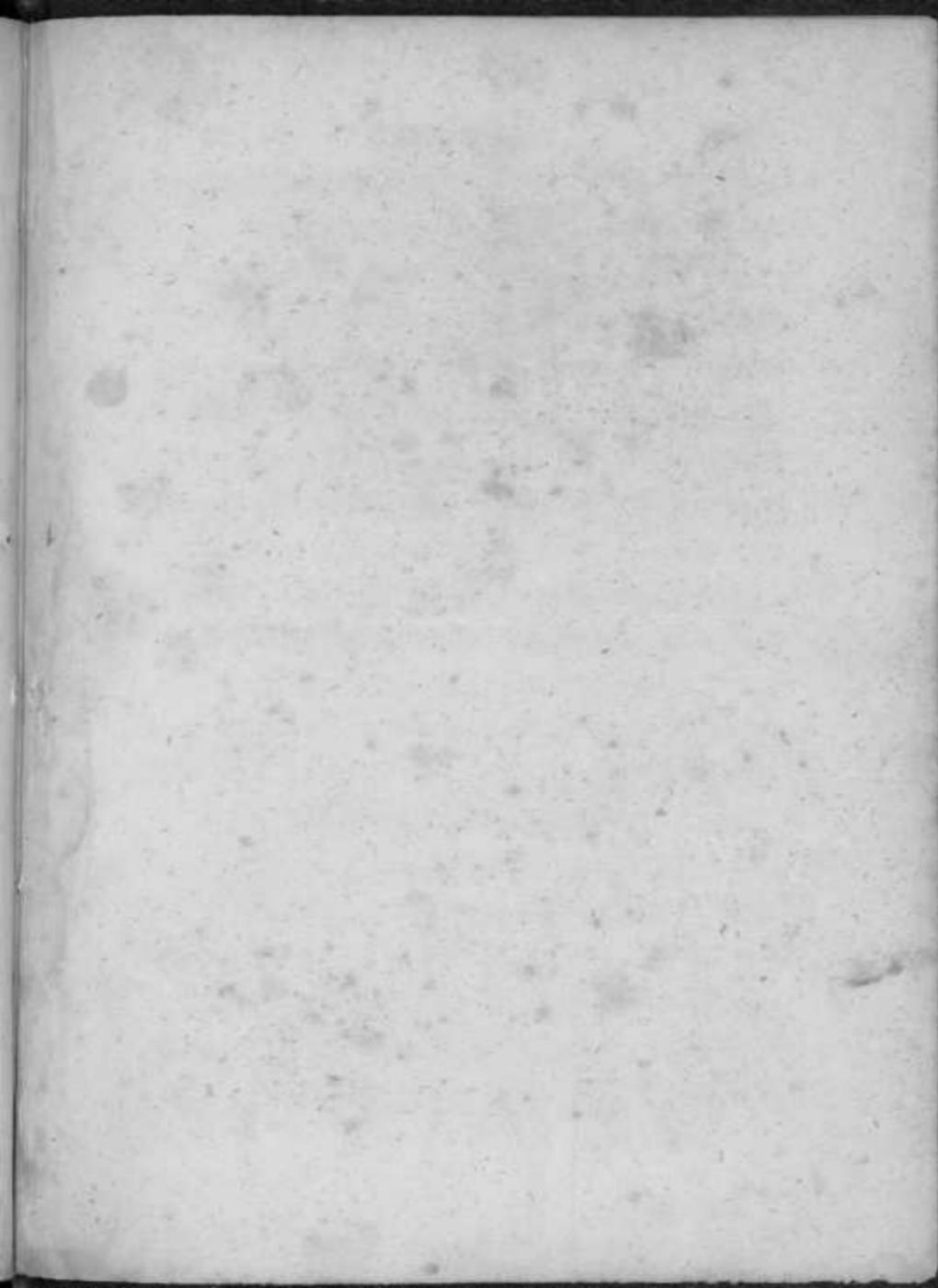
Si el amor no existe ya para mí, la memoria del que ha existido me es mas querida que lo es para otros el mismo amor; y tal vez no hay pasion tan llena de ternura, de dulzura y santidad como el amor sellado con la muerte. Si he padecido mucho; si mi espíritu ha completado su obra en esta tierra entre el dolor y las lágrimas, en cambio no olvidaré las lecciones que mi vida me ha dejado, por mas unidas que estén con recuerdos dolorosos. No: si me pregunta-

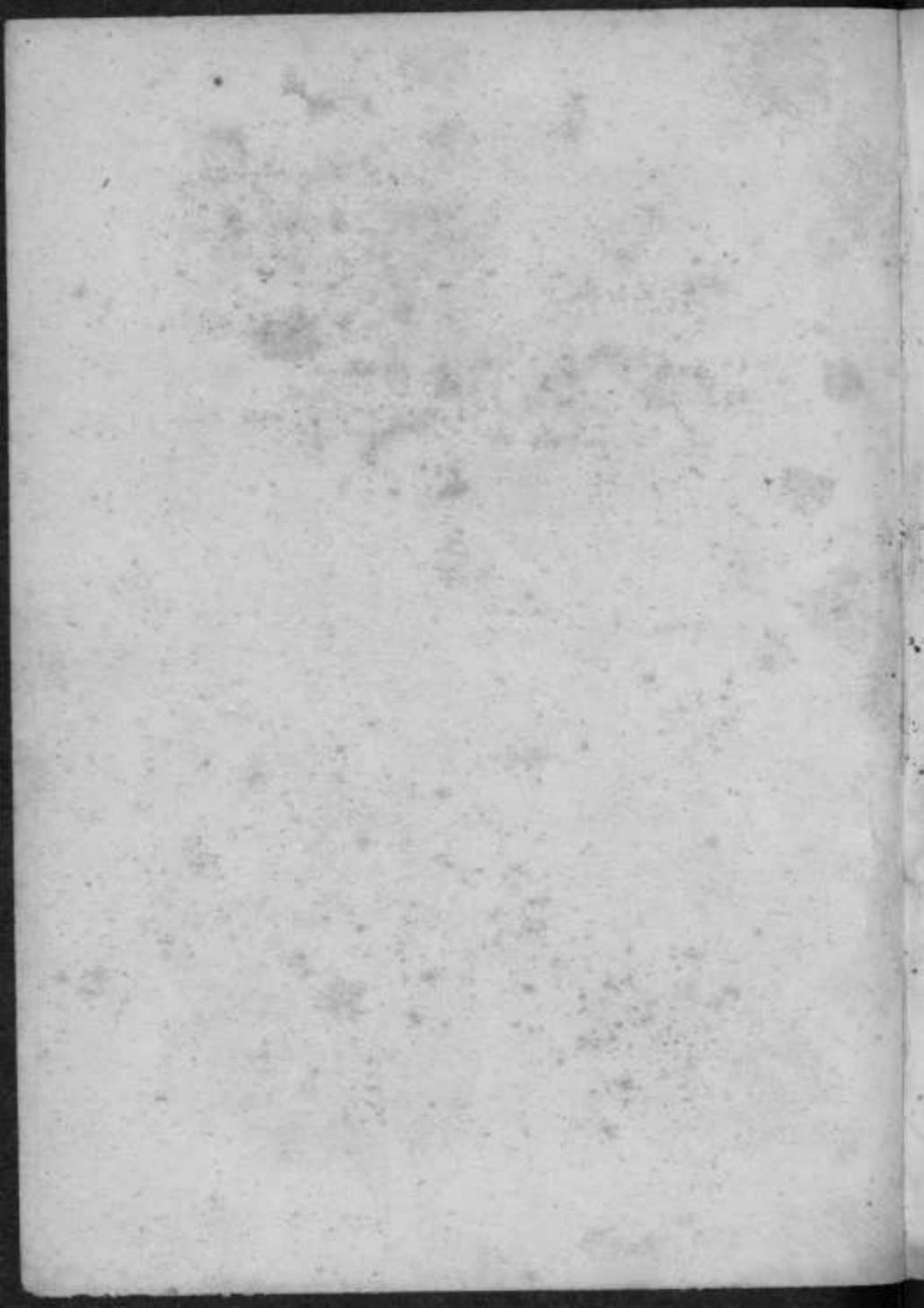
sen qué es lo que mejor ensalza lo presente y consagra lo pasado ; qué es lo único que nos pone en disposicion de deducir la verdadera moralidad que se contiene en la historia de la vida ; qué es lo que derrama la mas pura luz sobre nuestra razon ; qué es lo que fortalece mas nuestra religion , lo que ablanda el corazon del hombre , cualquiera que sea su situacion , y lo que mas eleva su alma á Dios , responderé con Lasso : LA EXPERIENCIA.

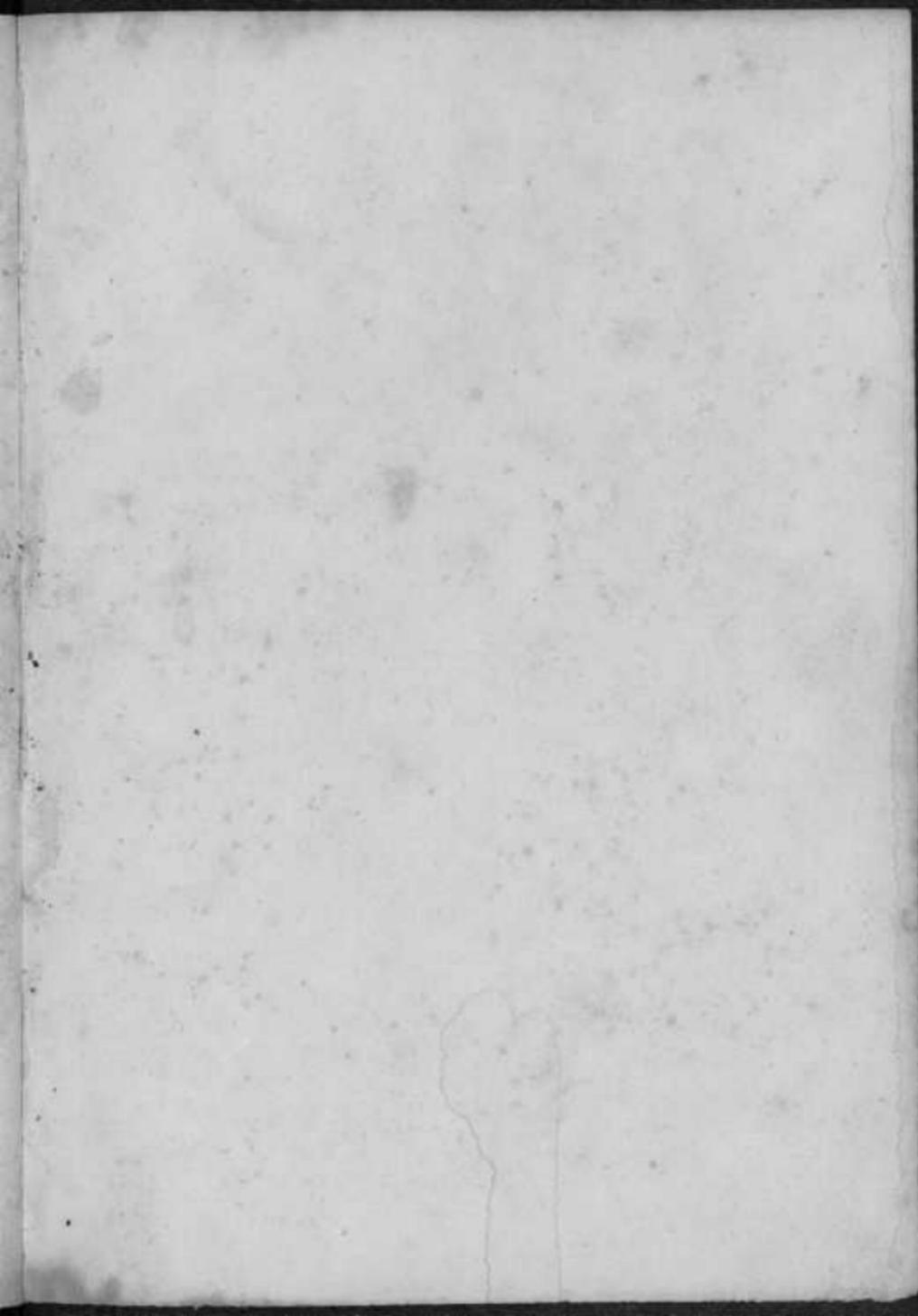
FIN.

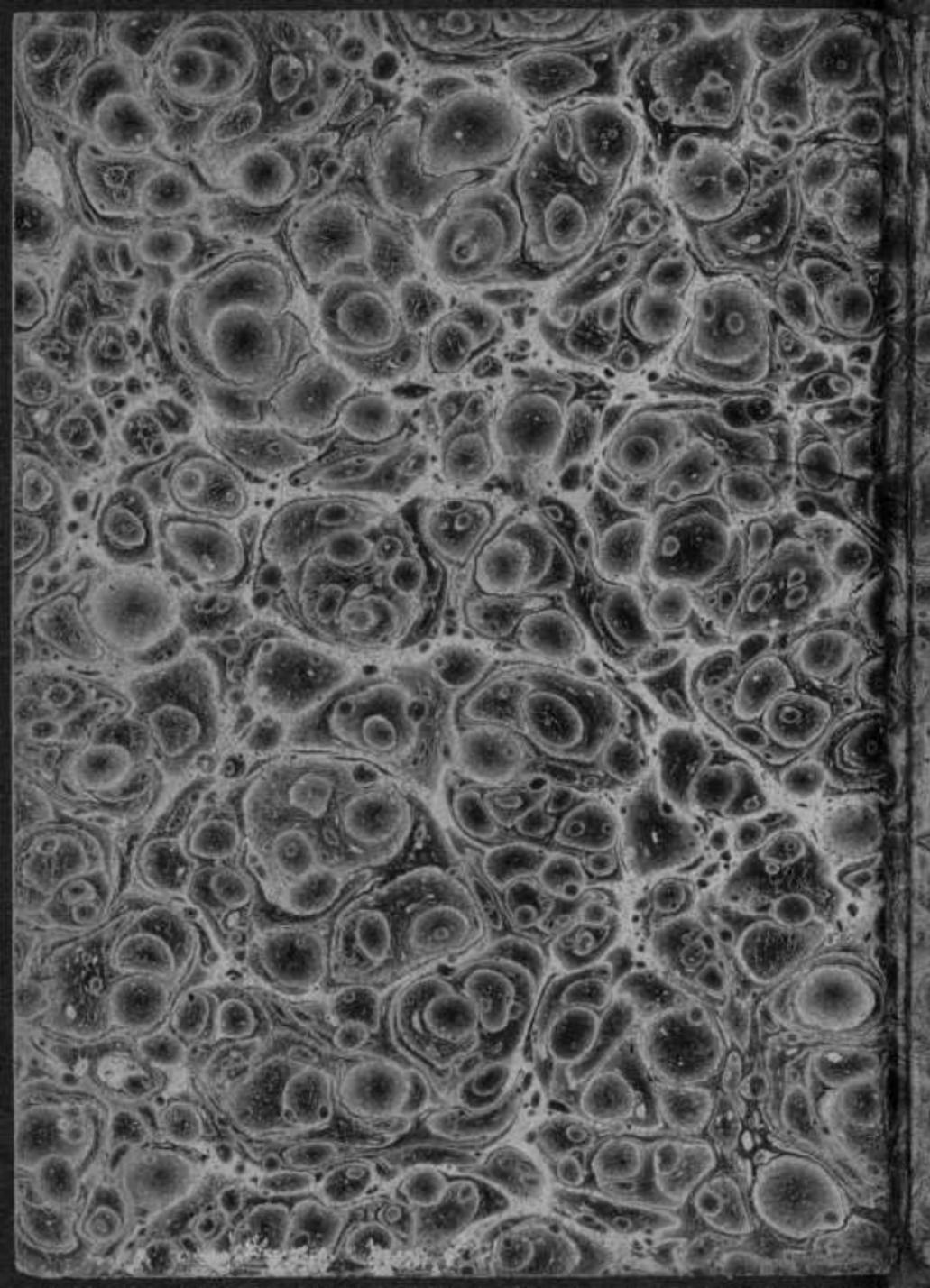




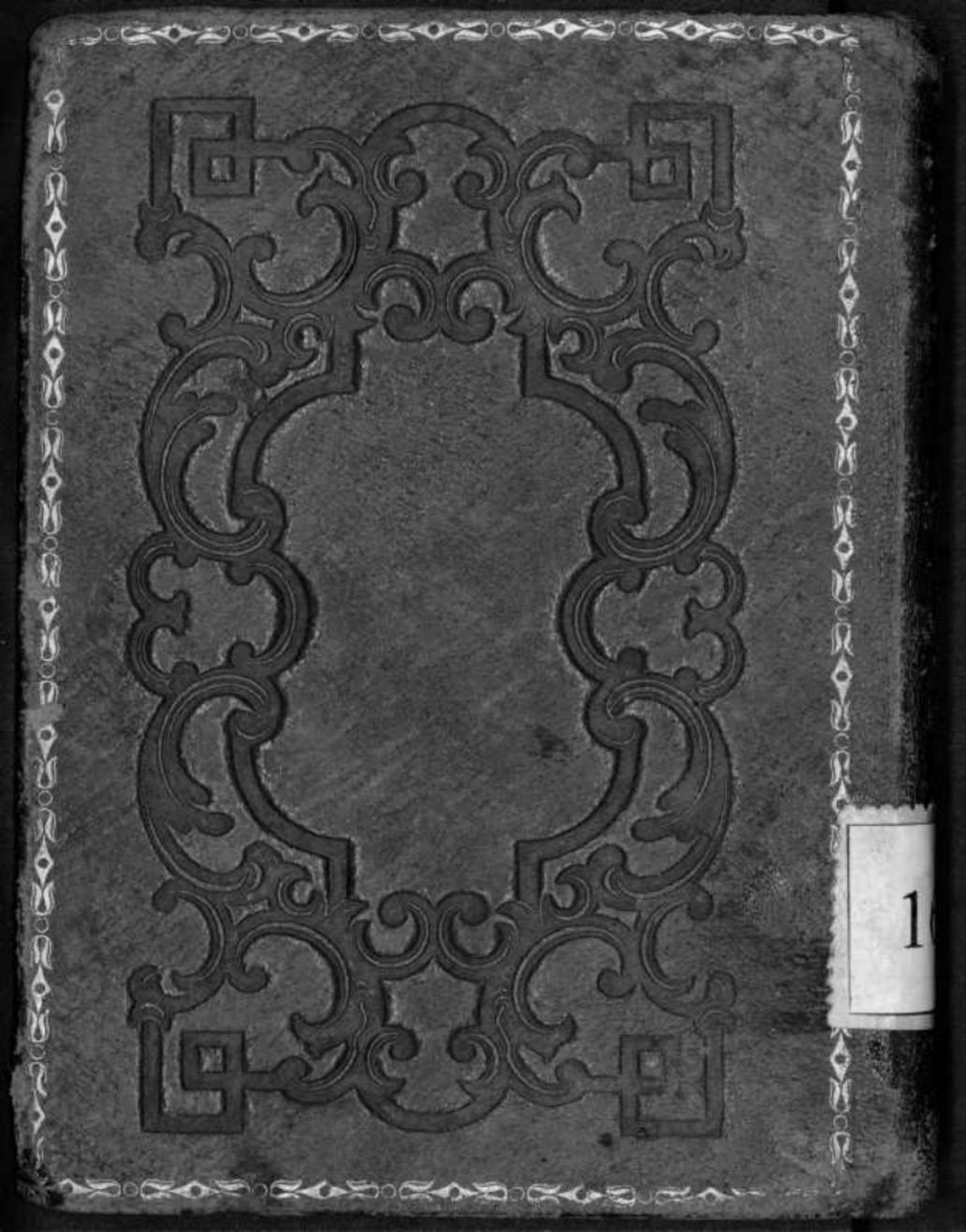












1



BLINWARR

EVERHOX



16.40